

CRISTIANDAD



114

RAZON DE ESTE NUMERO

A Ñ O V

15 DICIEMBRE

1 9 4 8

«La estrella que indicó la cuna del Redentor recién nacido — decía S. S. Pío XII en su mensaje de Navidad de 1941 — brilla

aún prodigiosamente desde hace veinte siglos en el cielo de la Cristiandad. Aunque se agiten las gentes y las naciones se conjuren contra Dios y el Mesías, a través de las tempestades del mundo humano, la estrella no conoció, no conoce ni conocerá ocasos, el pasado, el presente y el futuro son suyos.»

«Su luz es luz de consuelo, de esperanza, de fe inquebrantable, de vida y de certeza en el triunfo final del Redentor, que rebasará, cual torrente de salvación, en la paz interior y en la gloria, para todos los que, elevados al orden sobrenatural de la gracia, hayan recibido el poder de hacerse hijos de Dios porque han nacido de Dios.»

Con ocasión de la Navidad del presente año CRISTIANDAD tiene la satisfacción de ofrecer en sus páginas artículos en que escritores de distintas nacionalidades exponen los rasgos típicos de la universal tradición navideña, como muestra de este resplandor de la «estrella de Belén» que sigue iluminando en los distintos países del mundo la vida íntima de sus tradiciones familiares y nacionales.

EDITORIAL: **Fechas memorables**, por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Solsona (pág. 557)

PLURA UT UNUM: **Gloria a Dios en las alturas**, por Alexis Marcoff (págs. 538 a 540); **Dios con nosotros**, por el P. H. Heras (págs. 541 y 542); **Meditación navideña**, por el P. Basilio de Rubi, O. F. M. Cap (págs. 542 y 543); **Stille nacht!, Heilige nacht!** (Noche de paz. Noche de amor), por Karola Hornach-Gaal (págs. 541 y 545); **Navidad en Polonia**, por Maricia Winowska (págs. 546 a 548); **Navidad en Inglaterra**, por Roberto Kilian Brady (págs. 550 y 551).

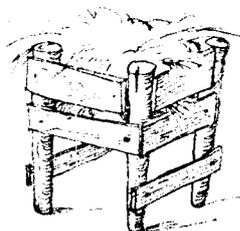
NOVA ET VETERA: **Carta de S. S. Pío XII al Prepósito general de la Compañía de Jesús** (págs. 552 y 553); **En las fiestas centenarias de San José de Calasanz** (págs. 553 y 554).

A LA LUZ DEL VATICANO: **La política filosoviética del señor Roosevelt**, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 555 a 557).

COLABORACIÓN: **Numismática Papal en los Años Jubilares**, por Juan Tolosa Padreny, pbro. (págs. 558 y 559).

DE ACTUALIDAD. **La religión, alma de la unidad europea. — Pastoral de los Obispos de Polonia. — La victoria del señor Truman**, por J. O. C (pág. 560).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday



El Liberalismo es pecado

Dr. D. Félix Sardá y Salvany

Obra que, a pesar de
haberse escrito hace
más de cincuenta
años, conserva toda
su actualidad

PIDALA EN NUESTRA ADMINISTRACION
Precio especial para nuestros suscriptores:

4 ptas. ejemplar

COMPRAMOS

a 5'25 ptas. los siguientes ejemplares:

Año 1945

N.º 19, 20, 26, 28, 39

Año 1946

N.º 58 - 59, 63

Año 1947

N.º 78

Indices de los años 1944 y 1945
a 3' - ptas.

La Administración

La Inquisición

J. M. Orti Lara.

Precio especial para nuestros suscriptores
10 pesetas



Historia de las sociedades secretas

en 3 tomos
Vicente de la Fuente

Precio especial para nuestros suscriptores
45 pesetas los 3 tomos



Pídalos en nuestra administración

LECTOR:

Varios padres misioneros
españoles, que en lejanas
tierras de la India han
conocido nuestra Revista,
son grandes entusiastas
de CRISTIANDAD

¿Quieres costear su suscripción?

Telefona al n.º 22446 y se te
dará el nombre de tu favorecido

CRISTIANDAD

NÚMERO 114 - AÑO V

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 502, 2.º, 1.º - Teléf. 22448
BARCELONA

15 de Diciembre de 1948

Cruz, 1, 1.º - Teléf. 222567
MADRID

FECHAS MEMORABLES

Este año se conmemorará el quincuagésimo aniversario de la consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús. Y por coincidencia providencial se celebra también el quincuagésimo aniversario de la ordenación sacerdotal de Pío XII.

Dos fechas memorables y gloriosas que merecen destacarse y que tienen un altísimo significado en las circunstancias actuales. Por eso nos parece oportunísimo que *CRISTIANDAD* se apreste a celebrarlas con fervor.

León XIII, el Papa de las grandes orientaciones políticas y sociales, el que supo avizorar con su mirada de genio los rumbos de la humanidad en el futuro, el que trazó normas sapientísimas para que los pueblos pudiesen conseguir la paz política y social, vió que todos los remedios humanos eran ineficaces para dominar los egoísmos de los hombres. Comprendió que para que los espíritus se pacificasen dominando la lucha de clases que en su tiempo se predicaba descaradamente y para conseguir la convivencia social, base de la paz de los pueblos, era necesaria una efusión de caridad. Y por eso, después de haber señalado los remedios que la fe y la sana razón presentaban, quiso llamar la atención de todos los hombres del mundo sobre esta verdad y consagró el linaje humano al Corazón Sacratísimo de Jesucristo. Tan sólo el Corazón de Cristo, venía a decirnos con este becho, es capaz de avivar en los corazones de los hombres la llama de la divina caridad, única que puede consumir los egoísmos que a la verdadera paz se oponen.

El actual Pontífice, que pasará a la Historia con el título de «Papa de la caridad», ha recogido aquella herencia y ha sido el gran adalid de la paz, en medio de un mundo en guerra.

El gesto de León XIII y la actitud del actual Pontífice son una hermosa lección para los hombres de nuestros tiempos.

Todos quieren la paz, todos suspiran por ella. Los hombres responsables hacen esfuerzos por conseguirla. Y la paz está cada día más lejos de nosotros. Las Conferencias internacionales, el esfuerzo de los hombres de Estado, los anhelos de toda la humanidad, resultan completamente vanos. Pasa en nuestros tiempos lo que expresaba el Profeta: «Paz, paz, paz y no hay paz».

El aniversario que celebramos nos indica el remedio. La paz política es fruto de la paz social y la paz social es fruto de la paz íntima de las conciencias y de las almas. Es necesario dominar los egoísmos y apetencias excesivas de los hombres y de los pueblos. Es necesario anudar los lazos de la verdadera fraternidad entre los hombres. Es necesaria, en una palabra, una efusión de la divina caridad.

Nada más a propósito que este aniversario para llamar la atención de los hombres sobre este becho. Es necesario que aquella consagración del género humano al Corazón sacratísimo de Jesucristo que hizo León XIII hace cincuenta años sea vivida por nosotros ahora. Hace falta que ese espíritu de caridad que llena el corazón sacerdotal de Pío XII se difunda a todos los hombres. La paz no la encontraremos más que en el Corazón de Cristo y por el Corazón de Cristo. Esto es lo que viene a decirnos este doble aniversario que conmemoramos y esto es lo que conviene que repita *CRISTIANDAD* en esta fecha como contribución la más hermosa para el establecimiento de la verdadera paz. Unamos nuestras oraciones a las oraciones del Papa en este quincuagésimo aniversario de su sacerdocio y unamos nuestra voz a la voz de León XIII cuando ofrecía al Corazón de Jesús los corazones de todos los hombres. De esta manera trabajaremos eficazmente por la paz del mundo que es el deseo unánime de todos los pueblos.

+ VICENTE, Obispo de Solsona



¡Gloria a Dios en las alturas!

«Emerge la luna y sonríe, a fin de que a su luz todos ensalcen y celebren, con el corazón henchido, la venida del Señor.»

GOGOL

El pueblo ruso gustaba de seculares diversiones, pero, a la vez que alegre, era devoto en extremo, por lo que en Rusia, en los buenos tiempos, si bien celebrábase no pocas fiestas familiares y de carácter laico, también se daba gran importancia a las festividades religiosas.

Eran muchos y muy señalados los disantos rusos, pero descollaban entre ellos de modo particular la Natividad de Nuestro Señor, la Pascua de Resurrección y el día de la Santísima Trinidad, que eran solemnidades tradicionalmente extraordinarias y que conmovían como ninguna a los buenos creyentes.

Habían de prepararse a ellas con gran antelación, de modo que vislumbrábase ya la Natividad el 4 de diciembre, día santificado por Santa Bárbara y San Juan Damasceno, y en el que se daba principio a un período de ayuno y abstinencia que iban cobrando rigor hasta culminar en la víspera del gran Día «sochelnik», cuando no se debía probar alimento alguno mientras no luciese la primera estrella, y aun entonces se autorizaba sólo una ligera refección consistente en un pedazo de pan moreno y unos sorbos de té excepcionalmente endulzado con pasas, ya que el azúcar era condimento vedado por clarificarse con huesos.

Eran semanas de dura prueba, sobre todo los últimos días para las amas de casa, puesto que exigía la costumbre que el 20 de diciembre, día de San Ignacio, patriarca de Antioquía, y de San Filogenio, obispo, se iniciase general limpieza que había de alcanzar todos los rincones, todos los muebles, enseres y prendas. Al propio tiempo había de pensarse en la tradicional comida donde serían de rigor descomunales y variadas empanadas.

Al encenderse la estrella de los pastores, los mayores se permitían un breve descanso, en espera de que las campanas llamasen a la primera Misa, en tanto que los

niños adornaban el abeto navideño. La gente moza tenía otro cometido de rigor, pues por Nochebuena —la noche más cruda del invierno, según dicen en Rusia—, por inclemente que fuese el tiempo, había de recorrer las calles con alegre tropel, anunciando con voces y cantos el fausto Advenimiento. Estos grupos, que se formaban tanto en las grandes ciudades como en los más pequeños poblados, se denominaban «crístoslavtzi», lo cual puede traducirse por «glorificadores de Cristo».

Gogol, en una de sus mejores obras, nos brinda una fiel descripción de esta costumbre con las siguientes palabras:

«Emerge la luna y sonríe a fin de que a su luz todos ensalcen y celebren, con el corazón henchido, la venida del Señor.

»Impacientes están las mozas, pero pronto ya ha de cruzar la nieve bajo sus pies...

»Salen los jóvenes corriendo, con sin igual alborozo, glorificando con su júbilo el Nacimiento de Cristo Nuestro Señor. ¡Y qué bueno es sumarse a la algazara, unirse al coro alegre de muchachas que cantan, que ríen y que con honestas bromas a cada paso nos dicen que hoy es Nochebuena y mañana... Navidad!»

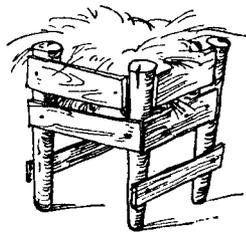
Llevan grandes sacos que pronto estarán llenos de lo que les den. Se abre una ventanilla y la mano escualida de alguna abuela alarga un pedazo de torta, o bien rosquillas recién hechas, un salchichón o una golosina cualquiera.

Y continúa la ronda alegre, como si hubiese de durar toda la noche.

Mas, ya las campanas lanzan sus tañidos sonoros y hemos de apresurarnos para poder entrar en la Casa del Señor. Con policromos fuegos iluminan la noche los altos ventanales de la iglesia donde ya diríase que nadie más puede caber. Cual tupidas mieses están los fieles, todos orando con igual devoción. Y se siente entre ellos una sublime fraternidad. Ya no hay pobres, ni ricos, ni poderosos, ni oprimidos.

Esta noche la voz del sacerdote penetra en todas las

RAZON DE ESTE NUMERO



«La estrella que indicó la cuna del Redentor recién nacido—decía S. S. Pío XII en su mensaje de Navidad de 1941—brilla aún prodigiosamente desde hace veinte siglos en el cielo de la Cristiandad. Aunque se agiten las gentes y las naciones se conjuren contra Dios y el Mesías; a través de las tempestades del mundo humano, la estrella no conoció, no conoce ni conocerá ocasos; el pasado, el presente y el futuro son suyos.»

«Su luz es luz de consuelo, de esperanza, de fe inquebrantable, de vida y de certeza en el triunfo final del Redentor, que rebasará, cual torrente de salvación, en la paz interior y en la gloria, para todos los que, elevados al orden sobrenatural de la gracia, hayan recibido el poder de hacerse hijos de Dios porque han nacido de Dios.»

Con ocasión de la Navidad del presente año CRISTIANDAD tiene la satisfacción de ofrecer en sus páginas artículos en que escritores de distintas nacionalidades exponen los rasgos típicos de la universal tradición navideña; como muestra de este resplandor de la *estrella de Belén* que sigue iluminando en los distintos países del mundo la vida íntima de sus tradiciones familiares y nacionales.

EDITORIAL: **Fechas memorables**, por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Solsona (pág. 537).

PLURA UT UNUM: **Gloria a Dios en las alturas**, por Alexis Marcoff (págs. 538 a 540); **Dios con nosotros**, por el P. H. Heras (págs. 541 y 542); **Meditación Navideña**, por el P. Basilio de Bubi, O. F. M. Cap (págs. 542 y 543); **Stille nacht, Heilige nacht!** (Noche de paz. Noche de amor, por Karola Hornach-Gaal (págs. 541 y 545); **Navidad en Polonia**, por Maricla Winowska (546 a 548); **Navidad en Inglaterra**, por Roberto Kilian Brady (págs. 550 y 551).

NOVA ET VETERA: **Carta de S. S. Pío XII al Prepósito general de la Compañía de Jesús** (págs. 552 y 553); **En las fiestas centenarias de San José de Calasanz** (págs. 553 y 554).

A LA LUZ DEL VATICANO: **La política filosoviética del señor Roosevelt**, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 555 a 557).

COLABORACION: **Numismática Papal en los Años Jubilares**, por Juan Tolosa Padreny, pbro. (págs. 558 y 559).

DE ACTUALIDAD: **La religión, alma de la unidad europea.—Pastoral de los Obispos de Polonia.—La victoria del señor Truman**, por J. O. C. (página 560).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday.

almas, vibrante y solemne: «¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra entre los hombres de buena voluntad!» Las antifonas, cual cristalinos arroyos, llegan al corazón en tanto que la misa propia del día fluye como un río caudaloso que arrastra las almas.

«Con júbilo siente el devoto que su «yo» forma parte de la multitud que llena el templo y que parece haberse fundido en una alma única ante Dios, purificada por la Fe de todas las dudas que surgen de la razón humana impotente ante la Eternidad. Y todos sienten entonces y comprenden el gran significado de la Iglesia y lo que representa la fe para el pueblo ruso.» (K. Pobiedonostzev.)

Acabada la misa, todas las ventanas se iluminan como si tras ellas ardiese un fuego único, el gran fuego de la Fe que vivifica a todos los hogares.

Estas no son palabras vanas de buenos escritores, sino una verdad histórica. Tal era la influencia que ejercía la proximidad de las fiestas navideñas sobre el espíritu ruso, que era un hecho corriente que por estas fechas se recibiesen en los diversos Juzgados numerosas solicitudes otorgando a los demandados el sobreseimiento de la causa. La Navidad era motivo de que muchos pleitos se resolviesen amigablemente.

A pesar de la víspera agitada, de la noche pasada en vela y de la colación substanciosa del amanecer, la gente comenzaba su día, inusualmente temprano.

Apenas despuntaba el alba volvían a salir a la calle los «cristoslavtzi». Pero esta vez los grupos ya no estaban formados de gente joven y bulliciosa, sino especialmente por los amantes del canto litúrgico. Muchos, ante el falso recelo del «qué dirán», se embozaban en sus pellizas e iban con el gorro muy metido para que no les reconociesen. Había entre ellos grandes hacendados, viejos generales retirados, diáconos con voces fenomenales... Y todos van cantando en coro, anunciando una vez más la venida de Jesucristo.

La trascendencia que esta fiesta tenía en Rusia se demuestra por el hecho de que a pesar de celebrarse oficialmente sólo tres días, de hecho el tiempo de Navidad se prolongaba hasta la Epifanía, pasando por la celebración del Año Nuevo. Pero en las fiestas que seguían a la de la Natividad, propiamente dicho, se advertía un cambio brusco de carácter. Era como si las almas humanas abandonaran de pronto las sublimes alturas a que se habían elevado aquellos días, para volver a sumirse en la mundana preocupación de la vida. Por Año Nuevo se publicaban las nuevas disposiciones ministeriales, los nombramientos, los cambios administrativos y se repartían honores y gratificaciones. La vida social imponíase con sus fueros y llegaba el tiempo de las visitas de cumplido, de las recepciones oficiales; se anudaban nuevas intrigas, en los decepcionados nacían la envidia y el odio, con lo que la gente olvidaba la cristiana humildad aprestándose a la lucha cotidiana.

En la última noche del año eran escasos los que acudían a la iglesia, pero, en cambio, veíanse concurridísimos los bailes, los restaurantes y demás lugares de esparcimiento. Por San Basilio y en vísperas de la Epifanía era costumbre echar suertes, habiendo sido estas prácticas supersticiosas minuciosa y admirablemente descritas por los mejores autores rusos. La cera derritida, los espejos, las gallinas, etc., servían para el caso. Las muchachas solían tirar un zapatito por encima de la verja y esperaban que algún transeúnte la recogiese para preguntarle su nombre, convencidas de que éste coincidiría con el del futuro prometido.

El 6 de enero terminaba el ciclo de las fiestas navideñas «populares» con una tradicional «Santificación de las aguas» en los ríos «Vodoosviaschenie», a fin de conmemorar el bautismo de Nuestro Señor y con esta ocasión eran muchos los temerarios que no dudaban en sumergirse en las heladas aguas aprovechando el boquete que



se abría en el hielo, desafiando tanto el frío intensísimo como el peligro de verse arrastrados por la corriente. Este día desde todas las iglesias se dirigían los fieles, en procesión, al río, precedidos de iconos, cruces y banderas.

Las vacaciones navideñas terminaban en los centros docentes el 12 de enero, día de Santa Tatiana, que coincidía con la conmemoración de la inauguración de la primera Universidad de Moscú. Con esta fiesta, dedicada a la «ciencia» y la «razón» diríase que se subrayaba la ya mentada diferencia entre los primeros y los últimos días de este ciclo.

El día de Santa Tatiana era el escogido por los doctos varones para celebrar la madurez intelectual conseguida con los estudios.

Nada ha de decirse contra el humano saber, pero juzgamos oportuno reproducir las siguientes admirables palabras de Gogol, uno de los más cristianos clásicos rusos:

«Amigo mío: has de pensar que toda tu vida sólo eres un alumno. Para el buen cristiano no hay «fin de curso»: es un escolar hasta la sepultura.

»Siguiendo un proceso normal el hombre alcanza el pleno desarrollo de su inteligencia a los treinta años de su vida aproximadamente y a partir de entonces se aproxima rápidamente al límite de su capacidad.

»Mas para el cristiano no puede haber término semejante y donde otros hablan de alcanzada plenitud, para él sólo es el comienzo del inacabable camino de la perfección.

»Examina a los más grandes filósofos y a los genios más destacados: tuvieron sus mejores épocas sólo mientras disfrutaban del pleno desarrollo varonil, al envejecer perdían sus facultades, retornando a la infancia en los

PLURA UT UNUM

años seniles. Recuerda a Kant que en los últimos años de su vida perdiera por completo la memoria y muriera como un niño...

»En cambio, mira la vida de los Santos, y verás que hasta la muerte iban adquiriendo mayor sabiduría y que jamás decrecieron sus fuerzas espirituales. Incluso los de imperfecta constitución, físicamente débiles y los considerados mentalmente incapacitados, en determinado momento asombraron al mundo con la sabiduría de sus palabras...»

«¿A qué se debe esta aparente contradicción?», pregunta Gogol, y al punto halla la respuesta adecuada.

«Esto se debe —nos dice— a que para los que no creen en Dios todo acaba con la vida en la Tierra, mientras que ante el buen cristiano se abre la vida eterna con sus infinitas posibilidades, por lo que siempre halla «con qué» y «para qué» luchar...»

»Por esto el auténtico cristiano avanza cuando otros retroceden y no hay término a su sabiduría...

»La razón —dice Gogol— no es la más alta cualidad del hombre. La función del cerebro es meramente policial, sólo puede mantener el debido orden entre los elementos que se adquieren mediante la verdadera sabiduría, la sabiduría que solamente puede darnos la fe en Cristo.

»Nadie la posee al nacer, como tampoco se aprende en Universidad alguna, sino que se otorga por la Gracia Divina y tan sólo a los que elevan sus almas hacia Dios,

procurando purificarse continuamente en la medida de las humanas fuerzas...

»Un hombre así tiene conciencia de ser siempre sólo un alumno y todo cuanto le rodea le enseña, el mundo entero se convierte en maestro suyo. El más sencillo consejo, el hecho más insignificante, aumentan el caudal de su sabiduría, y ante él se abre el Universo como un libro maravilloso donde siempre habrá algo que aprender.

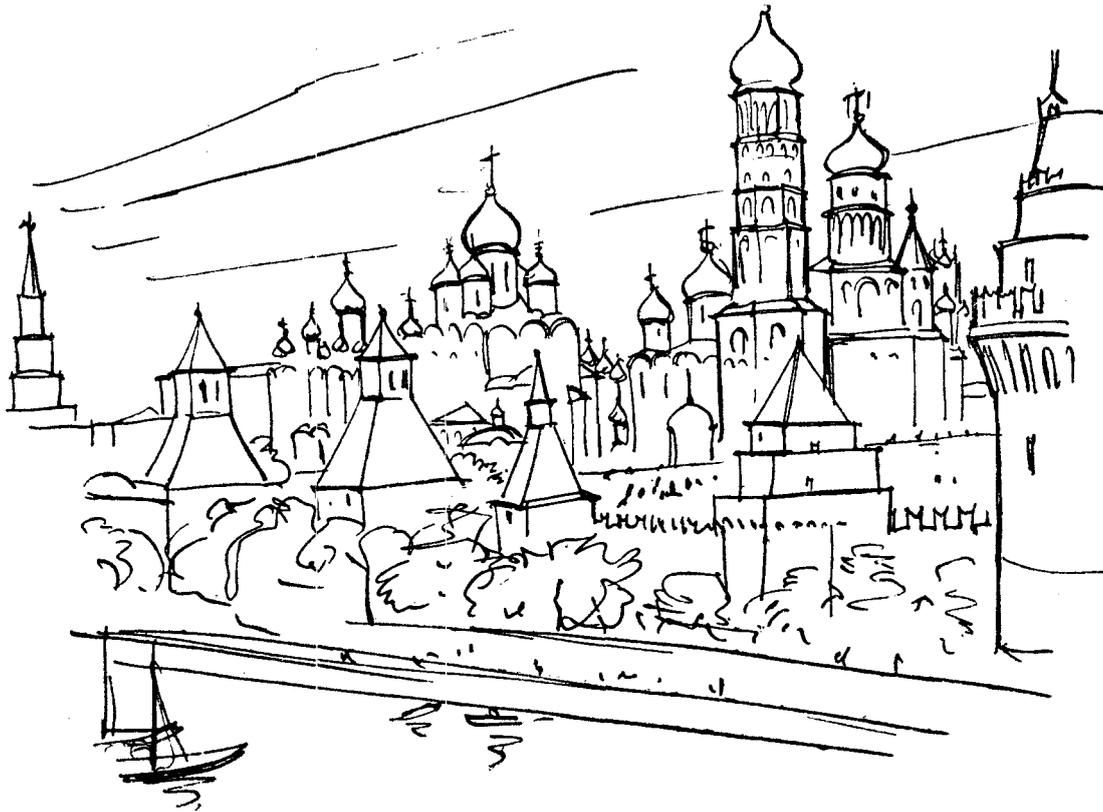
»Pero si se deja dominar por la soberbia y declara terminados sus estudios, se cierra el gran libro de la eterna sabiduría y el hombre se sume en las más espantosas tinieblas, siendo buen ejemplo de ello el caso del sabio rey Salomón.»

* * *

Mucho ha cambiado Rusia desde entonces. No hay coros que canten por Nochebuena, ni voces alegres que ensalcen al Señor. A los templos derruidos y profanados no acuden fieles en tropel, ni hay misas solemnes para celebrar la venida de Jesús.

Mas, no dudamos de que a pesar de la despiadada persecución de que son objeto, aun quedan millones de rusos —aun quedan allí millones de cristianos, quiero decir— cuyo corazón apresurará sus latidos al recordar la Natividad de Jesucristo y cuyos labios murmurarán: «¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!»

Alexis Marcoff



DIOS CON NOSOTROS

Cuando Dios creó al hombre créole íntimamente unido a Sí mismo y le hizo participante de su divina naturaleza por medio de la gracia con la que a raudales llenó su corazón. En aquel estado el hombre era feliz, ni deseaba nada más, porque poseyendo a Dios lo poseía todo, y quien todo lo posee no puede aspirar a nada más. Mas el hombre perdiólo todo con el pecado, porque perdió a su Dios; desde aquella fecha datan los deseos y aspiraciones del hombre.

El hombre no está, no puede estar, satisfecho sin la posesión de Dios. Mira en su derredor y se encuentra destituido, solitario, pobre. El poema persa *Shāh Nāmāh*, compuesto por el poeta Firdausi, describe la felicidad y gloria del primer hombre, Jamshed, y cómo movido de vanagloria quiso usurpar los derechos de Dios; y entonces, de repente, toda su gloria y felicidad trocóse en miseria y desencanto: «Y el mundo se llenó de obscuridad» y «todo le pareció negro» (1). Y en el *Avesta*, de la misma nación, se dice de Yima (el prototipo de Jamshed) que así que cometió el pecado «su gloria desvaneciósese, y el gran Yima Khshaeta tembló y se apenó a la faz de sus enemigos; confusión entró en su corazón y cayó postrado en la tierra» (2). Dios era el sostén espiritual del hombre, la luz que iluminaba su horizonte, y cuando este sostén desapareció y aquella luz apagóse para él, no quedaron sino tinieblas y confusión. Esta es aquella inquietud de que habla San Agustín, que siente el alma del hombre que se encuentra separada de Dios. «Hicístenos, oh Señor, para Vos y nuestro corazón no reposa hasta que en Vos se asienta.» ¡Oh santa inquietud del alma que nos lleva finalmente al puerto de verdadera quietud y sosiego! Porque si encontramos sosiego en las cosas del mundo, allí asentariamos fácilmente nuestros reales y haríamos nuestra morada; pero el aguijón de nuestros deseos infinitos a Dios nos conduce, que es el único que puede saciarlos.

Varios siglos antes del nacimiento de Jesucristo existía un rey del Reino de Magadha, en el norte de la India, que se decía Brhadraha. Aguijoneado por estos deseos de unirse a Dios renunció finalmente a su trono y corona en favor de su hijo, y retiróse a los bosques en busca de Dios. Y como no pudo hallarle allí del todo, según los deseos de su corazón anhelante, cuando recibió la visita de un antiguo amigo le describió gráficamente su situación diciéndole: «Yo me hallo aquí como una rana, refugiada en la grieta de un pozo seco, esperando pronto la hora de mi liberación, cuando podré disfrutar de Dios» (3). Preciosa comparación a la verdad. Una rana desea siempre agua y humedad; un pozo con agua sería su elemento; pero ¿qué satisfacción puede encontrar en un pozo seco?

Como un pozo, pues, es este mundo, y dentro de un pozo estamos; pozo seco y sin aliciente alguno; sin luz quedamos en la grieta de un pozo. Muchos, para saciar su corazón ávido de gozo, abrázense a las mezquinas criaturas que les rodean y engañanse a sí mismos creyendo que sus anhelos están satisfechos. Pero siempre sienten un anhelo más, un deseo más, un suspiro más, que jamás es satisfecho. Abra el hombre los ojos a la verdad y dése cuenta finalmente de que lo que él busca y desea no puede encontrarse en este mundo y alce sus ojos al cielo, donde únicamente podrá encontrarlo; porque en este mundo no



hay norte que así atraiga la brújula de nuestro corazón, que la deje inmóvil y sin vibración alguna. Sabio era, en verdad, aquel poeta del sur de la India, llamado Kulasekaran, que hablando de la soledad en que se encuentra entre las cosas de este mundo, dice:

*Imaginome ser como aquella ave
que vuela acá y allá buscando tierra
y divisa en derredor playa ninguna;
y torna al fin sobre la mar movida
a posarse sobre el mástil de la nave (4).*

En busca vamos de Dios, y las cosas de este mundo no deben distraernos de nuestro propósito. El es el norte de nuestro vuelo.

Todas las naciones han profesado de antiguo esta alta sabiduría y han deseado, por tanto, la compañía de Dios. ¡Dios con nosotros!, es el anhelo constante de todos los pueblos de la tierra, expresado generalmente en la fórmula de saludo o despido cuando nos separamos de un amigo. «A Dios», «vaya usted con Dios», decimos de antiguo en castellano. «A Dieu», dicen nuestros vecinos los franceses. *Bé-amān-i-Khudā*, dicen los persas; *Fi-amānil-lāh*, se dice en árabe; *Khudā-Hāfiz* dicen los indios que hablan Urdu, frases que no significan sino que «Dios sea contigo». Y la Iglesia, haciéndose eco de este deseo universal, cada

(1) Firdausi, *Shah Nāmāh IV*, 1, v. 27
(2) *Bundahesh*, XXXIV, 4
(3) *Maitri Upanisad*.

(4) *Perumal Tirumoli*, V, 5



LA VIRGEN DEL SECRETO, por Angela Triudade

día nos repite esta bendición varias veces por medio de sus ministros: *Dominus vobiscum*, «el Señor esté con vosotros». «*God be with ye*», decían asimismo los antiguos ingleses, palabras que se abreviaron luego en *God b' wi' ye*, y que, finalmente, se ha reducido a *Good-by*. Y aun aquella al parecer insulsa palabra que usamos hoy al hablar en inglés, *Hello!*, no es sino la total contracción de una frase antigua pronunciada hace mil años por los antiguos anglosajones, frase tan llena de sabor metafísico como corta de palabras, *Hal beo thu*, que quiere decir «sea el todo para ti». Porque, ¿quién este «Todo», sino Aquel al que nada le falta? «Todo del que si tomáis algo, Todo permanece todavía» (5), como leemos en una antigua obra de la India; aquel «Todo que», como dice otra obra india, «es lo mismo que gozar. Porque uno no halla placer en cosas pequeñas. El Todo es verdadero gozo» (6). Pues quien posee el Todo no siente carencia de nada. «*Deus meus et omnia.*» ¡Oh Todo, al cual todo nos une y del que miserablemente todo nos separa! Abranse nuestros ojos para despreciar estos todos, y así, por medio de ellos, llegaremos al Todo increado, infinito y eterno, que es el móvil de todas nuestras aspiraciones, el destello creador de todos nuestros ensueños.

El hombre, al pecar, separóse de Dios voluntariamente; y nuestro corazón siente esta falta, porque desea estar junto a su amado. Y para remediar aquella falta, Dios, que hace las cosas a lo divino, envió a su Hijo muy amado a este mundo, para que, haciéndose hombre, la humanidad esté ya eternamente unida a la divinidad, y así podamos decir y gozar de «Dios con nosotros». Que aquellos que le conocen y le gozan se acuerden de tantos como sienten un vacío dentro de su corazón, porque no saben que Dios está ya unido hipostáticamente al hombre. Que Dios sea para todos «Dios con nosotros».

H. Heras, S. J.

(5) *Brhadaranyaka Upanisad*, V, 1.

(6) *Chandogya Upanisad*, VII, 20.

Meditación

Navideña

Mucho hemos discutido y dialogado en estos últimos días sobre belenes. Justo será que vayamos por un momento a sus mismos orígenes y que vivamos aquellas horas en que el Seráfico Padre San Francisco de Asís, lleno de transportes de goce y amor, por haber logrado del Papa Honorio III —a fines de 1223— la aprobación de su Regla definitiva, cantaba el *Nunc dimittis servum tuum, Domine*: «Ahora sí que puedo morir tranquilo, porque mis ojos han visto los principios de una nueva Redención.»

Y precisamente en la noche de Navidad, encontrándose



56

en Greccio, población de Rieti, solicitada la venia del Padre Santo, «no sea que el caso ofreciera novedad», congregó San Francisco a los campesinos y montañeses del lugar, en la frondosidad de una selva, donde celebrar, a lo vivo y casi al natural bajo el centelleo de las estrellas y la resplandeciente luz de docenas de antorchas —entre la mula y el buey y sobre las tablas de un pesebre—, los misterios augustos de esta noche navideña.

Religiosos y pueblos se manifestaban jubilosos y festivos, entonando alegres cánticos en torno a aquel impro-

visado belén, transformando en gozosa aquella noche de sí plácida y serena. Deseaba el Santo de Asís hacer entrar por los ojos, a aquellos campesinos, toda la unción que sentía en su corazón en aquella noche sublime; y procuraba experimentar más y más, primero en sí mismo —preparando el ambiente—, aquella santa unción que deseaba comunicar a los demás.

Y andaba nuestro Seráfico Padre de acá para allá, con el rostro bañado en lágrimas e inflamado el corazón en el ardiente amor que le comunicaba la caridad de Cristo Jesús.

Llegada la media noche comenzó la celebración de los divinos oficios: Francisco de Asís actuó en ellos de Diácono; en su orden de frailes menores, quiso ser menor incluso en la recepción de las sagradas órdenes, pues nunca se atrevió a llegar hasta el sacerdocio. Cantado el Evangelio, predicó un sermón tan adaptado a las circunstancias, que parecía transportado en espíritu al mismo portal de Belén, tanto era el realismo con que procuraba inundarlo; y enamorado como estaba del Divino Niño, entre suspiros y lágrimas, paladeaba gustoso cada una de las palabras del dulcísimo nombre de Jesús por él pronunciadas; y cada vez que articulaba la palabra *Bet-le-emme* era tanta la expresión que ponía en sus sílabas que bien parecía exhalar el balido de la más tierna de las ovejas.

Y los que lo vieron dieron testimonio de ello, porque en su arrebatada elocuencia, a veces parecía en sus gestos que estrechaba entre sus brazos al Divino Niño, a veces que lo acariciaba con delicada ternura.

«Algo misterioso y extraordinario pasaría en efecto —insiste San Buenaventura—, pues un virtuoso y veracísimo caballero, denominado Giovanni, que gozó de muy frecuente trato con el santo varón, afirmó y aseguró haber visto aquella noche, recostado en el pesebre, sobre el

espesor de las pajas, a un hermosísimo y delicado niño, que el Santo tomaba en sus brazos y otras tantas parecía despertar y cubrir de dulcísimos besos y de elocuentes requiebros.

»La verdad de esta versión se acentúa —continúa San Buenaventura—, no solamente por la veracidad y acrisolada virtud de este caballero, sino también por las acciones y gestos del santo, que no tienen otra suerte de explicación plausible; así como también por los diversos milagros que después sucedieron, pues el heno congregado en el pesebre, recogido y conservado por aquellas pobres gentes, sirvió para curación de numerosas dolencias.»

San Francisco buscaba en el realismo de estas interpretaciones plásticas la santa unción que a todos nos debe embargar estos días de Navidad; buscaba en la sencillez de esta interpretación plástica la realidad del *Verbum caro*, del Verbo hecho hombre, de un Dios hecho carne y sangre, nacido por nuestro amor en la humildad de un pesebre para ahogar en nosotros todo orgullo y presunción y restablecernos así en la pobreza y pequeñez más acentuada; de un *Verbum caro*, de un *Puer nobis natus*, de un *Christus nobis datus*, que al presentarse en condición tan humilde y pobre elevaba nuestra naturaleza caída a la más alta jerarquía sobrenatural, a la vida divina más pura y sublime.

En estos días navideños, a la par que las pequeñas figuras de pesebre caminan hacia el Portal, también nuestro espíritu, albergado en el barro de nuestra miseria, debe caminar paso a paso, en la más acendrada humildad, hacia el portal de Belén, puerta oscura y humilde, que en su humildad es la mismísima entrada de la Gloria.

P. Basilio de Rubí, O. F. M. Cap.



PESEBRE DE SAN FRANCISCO DE ASÍS EN EL BOSQUE DE GRECCIO (1223)

STILLE NACHT!, HEILIGE NACHT!

(NOCHE DE PAZ, NOCHE DE AMOR)

Comprende la Navidad en Alemania un amplio espacio de tiempo que se inicia con el primer Domingo de Adviento.

Los que viven en el campo y los de la ciudad que pueden ausentarse de ella acuden a los bosques para proveerse de ramas de abeto, con las que forman una corona que, adornada con cintas encarnadas y cuatro cirios del mis-

*Tochter Zion, freue dich,
Jauchze hoch auf, Jerusalem!
Sieh dein König kommt zu dir
Ja, er kommt der Friedefürst.*

*Hosiana, Davids Sohn!
Sei gesegnet deinem Volk
Gründe nun dein ewig Reich
Hosiana in der Höh!*

*Sieh, er kommt demütiglich
Reitet auf dem Esel ein!
Tochter Zion freue dich
Hol ihn jubelnd zu dir ein.*

*Hosiana, Davids Sohn
Sei gegrüsst, König mild!
Ewig steht dein Friedensthron
Du, des ewigen Vaters Bild.*

Terminada la canción, que entre aficionados a la música se acompaña al piano u otro instrumento, se come un pastel especial, elaborado en casa, que con su gusto de especias es ya un anticipo de las próximas fiestas de Navidad.

En el segundo domingo se repite la misma escena familiar, pero con dos cirios encendidos; y así sucesivamente hasta el último domingo antes de Nochebuena.

Este es el día más feliz del año para los niños alemanes. Tan feliz que, aun cuando ya se hayan convertido en hombres y mujeres, recuerdan con inenarrable emoción el sonido de la campanita que oyeran tocar desde fuera de la sala, en la que con gran sigilo se estaba preparando el árbol de Navidad.

¡Qué alegría reflejan los ojos de los niños al abrirse

*Stille Nacht!, Heilige Nacht!
Alles schläft einsam wacht
Nur das traute hoch heilige Parr
Holder Knabe im lockigen Haar
Schlaf' in himmlischer Ruh'!
Schlaf' in himmlischer Ruh'!*

*Stille Nacht!, Heilige Nacht!
Hirten erst kund gemacht,
Durch der Engel Halleluja
Tönt es laut von fern und nah',
Christ, der Retter ist da!
Christ, der Retter ist da!*

*Stille Nacht!, Heilige Nacht!
Gottes Sohn, o wie lacht
Lieb' aus seinem göttlichen Mund,
Da uns schlägt die rettende Stund,
Christ, in deiner Geburt!
Christ, in deiner Geburt!*

Luego de terminada esta canción, el hijo mayor, generalmente, o si no el padre, lee en voz alta y solemne el Santo Evangelio, tan hermoso, del Nacimiento del Salvador.

Hay quienes, vistiendo de angelito a una niña con tú-

mo color, se cuelga debajo de la lámpara del salón.

El primer domingo de Adviento, que nos anuncia el advenimiento del Señor, a la caída del crepúsculo vespertino, reunida la familia ante la citada corona, con una vela encendida, canta una canción religiosa adecuada al momento. Son varias, pero la más difundida y que cuenta con mayores preferencias es la siguiente:

Alegria, hija de Sion,
Alza tu voz, ¡oh Jerusalem!
Tu Rey viene a tu mansión
Acudid a darle parabién.

Bien venido el hijo de David
Quien viene a la ciudad del Gran Rey
¡Hosanna! Cantad al grande adalid
Porque hoy viene a consolar su grey.

¿Quién es ese que viene a Israel?
Sobre un asnillo y con mansa faz
Vedle cuán sumiso, cuán dulce es El
Es El, nuestro Príncipe de paz.

Ven, ¡oh dulce Pacificador!
Tu trono es el trono de la equidad
Tuyo es el poder, majestad y honor,
Tuyo es el reino por la eternidad.

la puerta tras la cual, hace momentos, había misterio todavía!

El árbol está en todo su esplendor, con sus velitas encendidas, sus relucientes estrellas confeccionadas casi siempre por las madres y hermanas mayores con papel de plata y de oro, con sus manzanitas de brillantadas mejillas rojas, con sus nueces recubiertas de plateada o dorada purpurina, con sus rosquillas de bizcocho y chocolate y mil cosas más. En suma, una deslumbrante maravilla.

Debajo del árbol se halla el Nacimiento, con sus con-sabidas figuras y con el Niño Jesús sobre la paja y blancos pañales, que al verlo sugiere y pone en los infantiles labios de los chiquillos emocionados las dulces palabras de la antigua canción:

¡Noche de paz, noche de amor!,
Todo duerme en derredor
Sólo velan mirando la faz,
De su Niño en angélica paz
Duerme con celestial candor
Duerme con celestial candor.

¡Noche de paz, noche de amor!
En el campo el pastor
Coros celestes proclaman salud
Gracias y glorias en su plenitud
A Cristo nuestro buen Redentor!
A Cristo nuestro buen Redentor!

¡Noche de paz, noche de amor!
¡Mira cuál resplandor
Luce en el rostro del Niño Jesús!
En el pesebre del mundo la luz,
De Cristo en su nacimiento,
De Cristo en su nacimiento.

nica blanca sembrada de doradas estrellitas, le hacen recitar de memoria este párrafo de los Evangelios, de todos sobradamente conocido, aumentando así la solemnidad del momento.

Después se desborda el entusiasmo. Cada cual acude

a contemplar los presentes que le corresponden, dejados para él por el Niño Jesús. Son indescriptibles las manifestaciones de alegría. Todas las caras parecen tener una nueva expresión, más elevada y extática. Incluso la servidumbre parece estar imbuida de un mayor afecto a la familia que los demás días.

Los chiquitines son, a no dudar, los más felices, ya que su corazón puro cree ver aún en todo el ambiente la mano de los angelitos que ayudaron al Niño Jesús a preparar los regalos, y si encuentran alguna partícula de los hilos plateados, emocionados exclaman:

—Mira, ¡por aquí ha pasado el Niño Jesús! — guardando su hallazgo con celoso cuidado.

Entretanto, la apetitosa cena está esperando, y aunque se está algo excitado por la emoción de la fiesta, al ver satisfecho el deseo en los presentes del árbol, se sabe hacer honor a los manjares, que, hasta en la más modesta casa, están preparados con especial esmero. Ramitas de abeto esparcidas sobre el mantel y flores blancas en jarros adornan la mesa:

*O du fröliche, o du selige
Gnadenbringende Weihnachtszeit!
Welt ging verloren
Christ ist geboren
Freue, freue dich, o Christenheit.*

*O du fröliche, o du selige
Gnadenbringende Weihnachtszeit!
Christ ist erschienen
Uns zu versöhnen
Freue, freue dich, o Christenheit.*

*O du fröliche, o du selige
Gnadenbringende Weihnachtszeit!
Himmlische Heere,
Jauchzen dir Ehre,
Freue, freue dich, o Christenheit.*

Mientras el sacerdote lee el Santo Evangelio, todos escuchan con fervor la siempre «Buena Nueva» y luego el «Gloria in excelsis Deo».

En el primer día de las fiestas de Navidad propiamente dichas se hace honor al típico ganso asado en el horno, a los pasteles especialmente preparados en casa y a los múltiples pastelillos y panes de miel, que semanas antes se han ido preparando, pues así lo exigen las recetas, y de otro modo no estarían en su punto. Hay casas que hacen hasta veinte clases diferentes de estos pastelillos, a cual más rico.

Aun cuando la cena se alarga por la profusión de típicos y tradicionales platos, todavía queda un poco de tiempo para volver al salón a contemplar los presentes del árbol, para luego empezar a prepararse, sólo los mayores, para asistir a la *Christmesse*, Misa del Gallo.

En el campo y en las aldeas las gentes vienen de lejos con farolillos. Otros llevan una rama de abeto con una vela encendida para alumbrar el camino hasta la Iglesia, que, generalmente, está completamente nevado. Dicen que así se formó la tradición del árbol de Noël, en el siglo XVIII, pues si resultaba tan bonito con la rama con una vela encendida, ¿cómo no lo sería un árbol entero?

De lejos se oye el tañer de las campanas, con más majestad que nunca, convocando a los feligreses, quienes al entrar en la iglesia admiran el gigantesco abeto que emana alegría. En muchas catedrales es costumbre que se coloquen en la torre unos músicos que al son de trompetas tocan una coral, lo que llega hasta el fondo del alma.

Acompañados por el órgano, todos cantan las tradicionales canciones de esa noche, entre ellas, por ejemplo:

¡Oh santísimo, oh felicísimo
Grato tiempo de Navidad!
Al mundo perdido
Cristo ha nacido.
¡Alegría, alegría, oh Cristiandad!

¡Oh santísimo, oh felicísimo
Grato tiempo de Navidad!
Coros celestiales
Oyen los mortales.
¡Alegría, alegría, oh Cristiandad!

¡Oh santísimo, oh felicísimo
Grato tiempo de Navidad!
Príncipe del Cielo,
Daños tu consuelo.
¡Alegría, alegría, oh Cristiandad!

El día de San Esteban también es de prolongada alegría. Las niñas pasean, si el tiempo lo permite, sus nuevas muñecas y juguetes, yendo a cumplir con las rituales ceremonias de felicitar personalmente a parientes y amigos.

Y aunque al día siguiente se vuelve al trabajo, permanece el ambiente saturado de un aire festivo que se mantiene hasta las próximas fiestas de San Silvestre y Año Nuevo, con las que se cierra el ciclo navideño.

Karola Hornach-Gaal



NAVIDAD EN POLONIA

Tengo el propósito de rasgar por una hora el velo de silencio que nos separa de Polonia. Desde que estoy aquí me doy más y más cuenta de que la simpatía con que se nos recibe está a la medida de la ignorancia —muy natural y explicable— de las cosas de Polonia...

¿Quién sabe si una de las intenciones de los misteriosos caminos de la Providencia que me trajeron aquí de tan lejos, y a través de tantas congojas, no fué tal vez la de tejer lazos de más íntimo conocimiento y leal amistad entre nuestros pueblos?

* * *

Es el 21 de diciembre del año...

Hace tres días que dura la tempestad de nieve. La doble ventana, herméticamente cerrada, apenas deja pasar luz. La turbina del molino se ha estropeado y no tenemos electricidad. Las lámparas de petróleo, arrinconadas de tiempo, se envanecen al volver. Todos los caminos están cortados. No tenemos ni correo, ni teléfono, ni comunicación con el mundo exterior. Por las noches da escalofríos el siniestro silbido del viento por entre las chimeneas. Cada arremetida hace temblar los cristales, cada vez más violentamente, y parece que quisiera arrancar la casa de cuajo. Jan, el viejo criado, hace la señal de la cruz y dice con lúgubre voz: «¿Qué quieres, alma penitente?» Porque nuestro pueblo tiene la creencia de que son las almas del purgatorio las que promueven aquella lucha de elementos para atraer a su favor la adormecida conciencia de los vivos. Así, Jan moviliza todo el personal femenino —el masculino es más reacio— y recitan inacabables rosarios.

Sólo los más valientes se atreven a salir, y cada vez por la puerta abierta entra una ráfaga de nieve. Vuelven a poco con malas nuevas y las mejillas encarnadas de frío. Desde el interior se oye como golpean con los pies para calentárselos y sacudirse la nieve. El viernes la situación se hace tan grave que el párroco hace tocar a somatén. Cinco jóvenes de los más atrevidos tratan de ir al pueblo, distante un kilómetro y medio, regresando un cuarto de hora después sin lograrlo. La tempestad es tan intensa —dicen— que en seguida se pierde la dirección; por doquier se han formado montañas de nieve, con el temporal, de tal forma que cambian el paisaje y desorientan. Todos recuerdan lo que sucedió con Wasył, el guarda campestre, hace un año. Se reía de estos peligros que él llamaba imaginarios; salió un día, con una tempestad mucho menor, y nunca más lo volvimos a ver. —¡Dios lo haya perdonado!— Los infelices que hacen bravatas con la nieve se meten en un lío. Una fuerza misteriosa les impide marchar en línea recta; como locos dan vueltas y más vueltas por el mismo sitio hasta morir. El ama dice que son brujas montadas en terribles escobas las que les atraen a esos mortales parajes.

Cada vez que se abre la puerta enjambres de gorriones y otros pájaros de invierno hacen irrupción en la casa. Vienen transidos de frío y con las plumas cubiertas de escarcha. Da gusto calentarlos en la palma de la mano. No tienen miedo, y cinco minutos después revolotean y pían tan contentos. No es la primera vez que buscan refugio en nuestra casa; saben que nadie les hará salir de allí. En cuanto se despeja, abrimos puertas y ventanas y ¡radiós!; mientras tanto, gozamos amorosamente de la graciosa compañía. Con Jan algunos pinzones están en

relaciones tan familiares que se cobijan en sus bolsillos.

El viernes por la noche el ama dice: «Mañana hará sol; no puede haber sábado sin sol. La Madre de Dios nos mostrará un trozo de su manto azul; ya lo veréis.» En efecto, así es; al día siguiente las nubes se desvanecen, el vendaval calla y viene la bonanza. Luego de cinco días de estar prisioneros, la gente joven se vuelve loca de alegría. Retozan alegres todo el día, hasta que Jan nos dice: «¡Venga!, si dentro de una hora no estáis en la cama mañana no iréis a «Rorate», y es la última de este año.»

* * *

Hay en Polonia una costumbre inmemorial muy curiosa. Cada domingo de Adviento, a las cinco de la mañana, se celebra una Misa en honor de la Madre de Dios, llamada «Rorate» por las primeras palabras del Introito. De hecho es la «Misa áurea» de los miércoles de tómporas. Un buen polaco nunca faltará.

Hasta fines del siglo XVIII, esto es, hasta los repartos de Polonia, en la Sede de Varsovia, durante la Misa de «Rorate» se ponía un gran candelabro de siete brazos delante del altar mayor. Después del Evangelio, el Rey, en pie, colocado arriba el primer cirio, decía en alta voz:

—Estoy dispuesto al juicio de Dios.

Seguidamente los representantes de los diferentes estamentos venían con sus cirios y colocándolos decían las mismas palabras: el Primado, primer dignatario del país después del Rey; un senador, un terrateniente, un soldado, un mercader y un campesino.

Aquel gesto simbólico, tan apropiado para el espíritu litúrgico de Adviento, quería expresar la rectitud de intención de todo el pueblo. Desgraciadamente, con la supresión de la libertad política cayó en el olvido. Para nosotros la Misa de «Rorate» no era más que un amoroso homenaje a Nuestra Señora, a la que queríamos hacer compañía durante la Gran Espera.

* * *

Es todavía noche cerrada cuando, somnolientos, nos despertan. Los niños de menos de siete años se quedan en casa. Los mayores van a «Rorate». Una vez pasado el «Rubión» fatal hay que cumplir todos los deberes de cristiano, ya que se «ha llegado al uso de razón». ¡Qué gran decepción tuve al cumplir los siete años!; me encontré exactamente como antes, sin aquella repentina iluminación que tanto había esperado...

La iglesia está de bote en bote. Desde la puerta se siente el vaho de las pieles de cordero mal curtidas. Hombres y mujeres van con abrigos de piel y botas altas hasta la rodilla. Los niños, entre innumerables envolturas de lana, muestran la punta de la nariz enrojecida por el frío. El párroco sabe inspirar a su rebaño un saludable respeto y no perdona las faltas a los divinos oficios. Tiene un ojo de águila y a cada «Dominus Vobiscum» hace un inventario de los asistentes. A veces increpa desde el púlpito, llamándoles por su nombre de pila, a «aquellos gaudules que prefieren las plumas de la almohada a la compañía del buen Jesús y la Madre de Dios».

En el sermón de hoy nos invita, con un pintoresco lenguaje, a preparar nuestro corazón para la venida del Niño Dios.

Las mujeres cumplen en seguida con su deber, consagrado desde siglos, y se ponen a llorar ruidosamente. Un

extraño creería al oírlas que pasan por una terrible desgracia. ¡Ni mucho menos!; llorar durante el sermón quiere decir aplaudir, comprender. Quedarse con los ojos secos, para una mujer, sería poco adecuado, sobre todo cuando es el párroco quien nos habla. Al final hasta los hombres se sacan del bolsillo inmensos pañuelos a cuadros y se suenan tan fuerte que hacen temblar los cristales. Gracias a Dios el párroco tiene pulmones suficientemente fuertes para hacerse oír en medio del estrépito.

Después de la Misa tiene lugar la distribución del «oplatki» (pan ázimo). Un polaco no concebiría una Navidad sin pan ázimo.

Según una costumbre, tan antigua como el cristianismo, en Polonia, al principio de la comida de vigilia de Navidad, llamada sencillamente «Wilja»=vigilia, se reparte en cada familia, empezando por el más anciano, el «oplatki» en señal de paz y caridad fraternal. El pan ázimo se hace con masa de hostias, vaciada en moldes cuadrangulares, con dibujos representativos de escenas de la Natividad; es obra de las congregaciones religiosas, sobre todo de los Franciscanos, en noble emulación artística.

El último domingo de Adviento el párroco distribuye el «oplatki» en paquetes atados con cintas de papel multicolor, a cambio de limosnas y ofrendas más o menos valiosas, según los medios de cada cual.

* * *

Llegan papá y mamá en el trineo lleno de misteriosas cajas. Los «iniciados» en el gran secreto les ayudamos a preparar el árbol de Navidad, mientras el «ama» entretiene a los pequeños inocentes.

Un gran abeto piramidal llena el salón de perfume de bosque. Con la ayuda artística de tío Robinson se transforma poco a poco en un árbol encantado y relumbrante, con sus guirnaldas multicolores, hilos de oro, estrellas centelleantes y velitas encarnadas, que encierra bajo sus espesas ramas innumerables paquetes con todo aquello que cada uno de nosotros desea más ardorosamente desde lo más recóndito de su corazón. ¿Quién se atrevería a decir que no es un árbol encantado? Hasta nosotros, los iniciados, lo miramos con un tembloroso respeto.

Van viniendo primos, primas, tíos, tías y toda clase de parientes más o menos lejanos.

Con tía Jadwiga llega mi primo Jerzyk (Jorge), con quien hice, hace un año, una alianza a muerte y vida. Convinimos en ir al Congo a cazar tigres y convertir negros (aunque hay que confesar que la intención misionera no era del todo pura). Le llevo al despacho de papá para enseñarle una nueva pistola inglesa. Jerzyk me dice:

—¿Sabes que en la noche de Navidad hablan los animales? Sólo puede entenderlos quien no ha cometido nunca un pecado mortal. Me lo ha dicho Lukasz, el forjador.

Lukasz es una buena autoridad. Hago un rápido examen de conciencia y digo:

—Podríamos probar, ¿qué te parece?

Jerzyk tiene un escrúpulo. Un día dijo a la inglesa que se la llevara el demonio. Caso de duda. El párroco nos aclara que no es pecado mortal decir a una señora inglesa que se la lleve el demonio...

* * *

La víspera de Navidad es día de estricto ayuno para los que tienen más de siete años. Las personas mayores no comen absolutamente nada hasta la cena de la noche. A nosotros nos dan cuatro cucharadas de una sopa de maíz, consagrada por la tradición, y miramos con un cierto aire de superioridad a las «criaturas» no incluidas todavía en la santa observancia.

Mientras tanto, en el comedor se hacen los últimos preparativos. La inmensa mesa de forma de herradura está

cubierta de heno aromático, en honor del Pesebre. En las cuatro esquinas de la habitación hay cuatro gavillas de rechas: de trigo, de centeno, de cebada y de avena. Conviene que el campo participe de las bendiciones del ágape fraternal. Esta noche, la única del año, se prescinde de la luz eléctrica. A lo largo de la mesa candelabros de bronce —tan viejo como Matusalem— sostienen velas blancas y rojas: nuestros colores nacionales. El jardinero trajo las mejores flores del invernadero, buscándolas de los propios colores.

Todo está al alcance de la mano para que el servicio se reduzca al mínimo. Según una venerable tradición la noche de Navidad no se debe circular demasiado «para no estorbar a los Angeles», los que —es cosa sabida— entran en las casas cristianas con el don de la paz. Esta noche no hay amos ni criados; todos somos una sola familia, unida con lazos de aquella caridad que bajó del cielo hace cerca de dos mil años.

La cena de la «wilja» (vigilia) no puede empezar hasta que haya aparecido la primera estrella. Somos nosotros los encargados de estar al acecho; huelga decir la importancia que damos a la delicada misión. Toda la casa está pendiente del grito que anunciará la primera estrella.

—¡La estrella, mirad la estrella!

Hanezcza y Grzes se disputan el honor de ser el primero en descubrirla, sin que se pueda saber quién fue de verdad el primero.

Jan, la cabeza descubierta, nos decía: «¡Mirad bien esta estrella! Es la misma que condujo a los Reyes Magos hasta los pies del Niño Jesús. Hay que saludarla devotamente.»

Walek, el marmitón, toca el gong, más por fórmula que por necesidad, pues ya estaban todos esperando.

* * *

Nos ponemos de pie alrededor de la mesa. El abuelo toma un pedazo de pan ázimo, mira a mi padre y con voz velada por la emoción dice:

—Dios te bendiga, hijo.

Luego, ambos rompen un trocito del pan ázimo, lo comen simultáneamente con unción y después se abrazan.

A esta señal, los demás miembros de la familia, por orden jerárquico, parten unos con otros el pan bendito, deseándose mutuamente toda clase de bienes. Tardamos media hora en la ceremonia, pues somos muchos. A continuación vamos al *office* para partir el pan con los criados. Allí también tienen una gran mesa bien preparada, presidida por Jan. Con él empieza la solemne fracción. A cada cual su frase cariñosa:

—A Karolek le deseo tantos nietos y biznietos como estrellas hay en el cielo, y, luego de esta vida, la eterna bienaventuranza...

Besa la mano de mi padre — que le abraza — y estalla en sollozos. Las demás muchachas lloran ruidosamente y a poco todos lo hacen cual si vinieran de un entierro. Eso es señal de que todo va bien.

* * *

En la mesa hay dos sitios vacíos. Uno se destina a los «huéspedes de ultramar», según una venerable y antiquísima costumbre que parece remontarse al tiempo de las cruzadas. Para cualquier forastero descarriado el sitio le espera fraternalmente. En la cena tradicional de la vigilia se puede entrar en cualquier casa polaca, sin decir vuestro nombre: se encontrará siempre un asiento a punto y brazos abiertos para acogerlos.

¿Quién sabe — dice Jan — si no será un ángel disfrazado que Dios envía para probarnos? Conviene recibirle, pues, como si fuese un ángel...

Delante del otro asiento vacío, en lugar de plato, está el retrato de mi tío misionero, el hermano de mi madre.

PLURA UT UNUM

En casa siempre, durante la cena de la *wilja*, se deja un asiento vacío para los ausentes, con su retrato. El corazón no conoce fronteras, y por encima del tiempo y del espacio está la comunión de los santos. Así, el tío de Siberia, el «gran capitán», durante los veintiséis años de su deportación a allá, tuvo en casa su sitio de honor en Navidad, simbolizado por esa silla vacía, y *él lo sabía*.

Sería necesario capitular aparte para describir, en todos sus detalles, el menú de la *wilja*, rigurosamente establecido y fijado por una inamovible tradición. Algunos platos sólo se comen ese día. Un amigo francés, un poco burlón, nos decía que para aguantar algunos se necesitaba un paladar de polaco y un estómago de avestruz. Cada año nos reíamos de las muecas de las institutrices extranjeras, que heroicamente se esforzaban por rendir honores a la cocina polaca y acababan pagándolo con un día de cama. Había dos piedras de toque insuperables: el *barszcz* inicial y la *kutia* final. Hace mil años — estoy segura de ello — nuestros antepasados aderezaban aquellos platos de la misma manera.

Al final de la cena la impaciencia se va apoderando del sector infantil. Inka, con su voz argentina, dice: «¡Oigo el angelito que hace ruido!; parece que lleve botas.» Y tanto que lleva botas, pues este año hace de ángel Onufry, el cochero.

Se abre la puerta del salón y aparece el árbol de Navidad magníficamente iluminado. Durante una hora todo es alboroto y alegría. Hasta que, cuando amaina un poco, mi madre se sienta al piano y tío Robinson entona la primera *kolenda*, esto es, canción navideña, que siempre empieza con el: «*Wsrod nocnej ciszy...*» («En el silencio de la noche...»).

Todos cantan, sin excepción de edad ni de voces. Tío Robinson mira severamente, de cuando en cuando, a alguno que descarrila... Nosotros inspiramos la alegría navideña. Me creáis o no, las *kolendy* son las más bellas canciones del mundo.

* * *

Como dos conspiradores, Jurek y yo nos reunimos en un rincón oscuro del salón:

—¿Irás?

— Iré.

— Pues vamos.

Nos escabullimos y vamos en busca de una linterna. De pronto nos damos de boca con Jan, que lleva una encendida. Nos quedamos parados. Menos mal que Jan no tiene el carácter suspicaz de *mademoiselle* Carolina. Ríe y nos dice:

—¿Qué tal, gorriones?, ¿queréis acompañarme al establo?

Entonces creo que en Jan hay algo de brujería, pues ése era nuestro objetivo.

El establo nos acoge tibio y cargado de olores. Jan se dirige a *Siwula*, la vaca vieja, le pone un trozo de pan ázimo sobre la rasposa lengua y le dice:

— Dios te bendiga, buen animal, que reconociste a tu Señor y Criador bajo los pañales del Niño recién nacido. En verdad, tienes el corazón más tierno que aquellos judíos empedernidos del rey Herodes...

La vaca le mira con sus ojos prominentes y suaves, y no dice nada...

— No hagas caso — me dice Jurek en la oreja —, Jan es viejo y seguramente ha cometido pecados mortales. Probaremos nosotros. Le dirigimos a la vaca palabras halagadoras, nos mira, ¡y no dice nada!

Y así cayeron por tierra nuestras ilusiones.

* * *

Entretanto, en el salón, el concierto continúa con el mismo fervor. De pronto, en medio de una *kolenda*, un acorde poderoso hace temblar los cristales e interrumpe el canto. Son los campesinos que vienen a traer a sus amos augurios navideños. Según costumbre ancestral, vienen en cuatro grupos: hombres casados, mujeres casadas, chicas y chicos. La etiqueta del pueblo no les permite ir todos juntos. Anuncian su llegada con canciones de Navidad.

Los recibimos y obsequiamos. Los hombres vacían las copas de aguamiel de un trago, brindando francamente. Las mujeres se hacen rogar y al fin beben poco a poco..., medio tapándose la cara con el delantal de tanta vergüenza que les da...

Cerca del fuego, el abuelo charla con los respetables del pueblo: el alcalde, el carpintero, el boticario, etc.

Suenan las primeras campanadas — solemnes, poderosas y sonoras como nunca — para la Misa del Gallo. Los cuatro grupos se encaminan a la Iglesia. Nosotros les seguimos, a poco, a pie o en trineo, en la noche calmada y resplandeciente.

En la primera Misa — que en Polonia se llama «Misa de los pastores», *pasterka* — canta nada más que el coro, y todos comulgan.

En la segunda, todos cantan canciones navideñas.

En la tercera, la orquesta del pueblo hace tal ruido de trompas, tambores, flautas, oboes, que hasta los más adormecidos se despabilan. Esta graduación era un truco del buen párroco para mantener su rebaño bien despierto durante la santa fiesta.

Después, todo el mundo a dormir.

* * *

Ahora aquella casa ya no existe; fué incendiada. De la Iglesia sólo quedan las murallas. Los rusos arrasan el pueblo hasta la raíz.

Pero nuestros enemigos olvidan demasiado que tenemos raíces no sólo en la madre tierra, sino también en el cielo. Y que por encima de aliados, traidores y venales, tenemos con nosotros, invencible, un Dios fiel: el Niño del Nacimiento, el Niño de los Reyes. Que murió en la Cruz. Pero QUE RESUCITÓ.

Maricia Winowska





NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Retablo de Veit Stoss (1523). Iglesia de los Carmelitas de Nuremberg.

Navidad en Inglaterra

Nunca me ocurre pensar en la Navidad sin pensar en mi infancia, pues la Navidad es para nosotros la fiesta de la infancia, y esto vale tanto como la fiesta del hogar. ¿Y dónde, sino en el septentrion brumoso en que silba el viento del este y al que descienden los frios polares, puede el hogar ser propiamente tal? Se dice de nosotros, los ingleses, que hemos inventado muchas cosas —la máquina de vapor entre otras— pero el más amable de todos nuestros inventos, y en el que nos complacería más vernos representados, es el del hogar. Ese santuario de la familia con su sagrado carácter es lo que hiere las fibras más profundas de los corazones ingleses.

Y Navidad es hogar. Yo recuerdo cuando, de niños, salíamos a la nieve (nevaba siempre en aquellos mágicos días) a buscar arándanos hasta el mismo corazón de los bosques que, si exceptuamos el perfil de una sola montaña bajo la cual dormía el lago apacible, confinaban todo nuestro horizonte. Aquellas bayas eran la vida. Abriéndose paso a través de la nieve eran cositas diminutas, como lo éramos nosotros. Comenzaban su existencia, nosotros también la comenzábamos. Los pinos eran verdes y todo era feliz en la espera del día de Navidad.

Y llegaba por fin el momento de buscar el típico leño: el largo tronco partido de un árbol que habría que atar al viejo Ned, nuestro caballo, y arrastrarlo por la nieve y ponerlo a punto para el fuego de Navidad. Y, naturalmente, también el árbol de Navidad. En las ciudades había muchos niños que debían contentarse con un árbol artificial, más a nuestro alrededor éstos crecían a millares—en perspectivas de vago ensueño. Nos bastaba con escoger uno sólo, lo cual hacíamos con sumo detenimiento, mientras nuestro padre nos señalaba las cualidades de éste, la robustez y flexibilidad de aquél, y uno de nosotros aguardaba con el hacha impaciente. Entonces venía el prepararlo. Había una habitación donde no se permitía entrar a los mayores. En toda ella colgábamos presentes y velas para adornarla, y una vez hecho esto, si habían sido muy buenos, podían entrar nuestro padre y nuestra madre y colgar disimuladamente algo para cada uno de nosotros.

Todo esto tenía lugar en la Noche buena. Pero, claro está, en un día cualquiera de aquella maravillosa semana nos habían llevado a la ciudad. Habíamos visitado los almacenes profusamente iluminados, guarnecidos con guirlandas y llenos a rebosar de juguetes, trenes, coches y juegos de todas clases, donde había niñitas —hadas que corrían de acá para allá y principitos— vestidos de rojo, azul y amarillos y tocados con sombrero de plumas—de sonrosadas mejillas; en el mismísimo centro del almacén estaba Papá Noel, con su manto y su caperuza rojos ribeteados de armiño, su venerable barba, sus ojuelos alegres y retozones y con su saco repleto de trompetas y muñecos. Convertida nuestra fantasía en un verdadero torbellino de ilusión y maravillas nos íbamos a dormir, continuando en sueños lo que habíamos visto en aquellas horas de vigilia, que eran mucho más bellas y verdaderas y mucho más llenas de encanto de lo que lo son nuestros sueños de hoy.

¡Noche buena en verdad! Había cantores de villancicos entonando los himnos tradicionales de nuestro pueblo; era quizás el villancico de Coventry lo que cantaban, o el buen Rey Wenceslao, o Adeste Fideles—la historia antiquísima y más estupenda del mundo, de cómo el Rey del Cielo nació de una humilde Virgen. Y en aquel nuestro rincón septentrional lo teníamos por cierto. Y lo del mismísimo asno y el buey que calentaban al tierno infante, lo teníamos también por cierto, y les habíamos puesto nombres y eran nuestros amiguitos; y nunca dejaba de haber una estrella brillante en el cielo cuando los niños levantaban sus ojos. Y además había la misa de medianoche en la iglesia del pueblo y una llamita de paz en todos los pechos, las palabras sencillas del sacerdote, el tintineo de la campanilla del altar, y las velas, y el pesebre. Terminado lo cual, vamos allá otra vez, a la nieve, con nuestras vocecitas rasgando la oscuridad de la noche con aquel timbre tan alegre, cual no parece haberse vuelto ya a oír, acaso porque no sigue siendo niño aún el que ahora lo escucha. Después, nuevo chapoteo por la nieve y a la cama, y a dormir. ¡A dormir con fiadamente! ¿Y sabéis por qué?

Porque Santa Claus en persona viene en esta noche a visitar solamente las casas donde los niños están completamente dormidos. Es el suyo un trineo tirado por dos renos y viaja a una velocidad prodigiosa desde el Polo, a través de aquellos bosques de pinos de que os he hablado, de aquel plácido lago y de tantos otros lagos como aquél, recorriendo los ignorados pasos de las montañas que acostumbrábamos a seguir en verano: y todo lo hace completamente sólo. ¡Feliz el niño que duerme esta noche, más dejadle que haya tenido algún vislumbre de lo que vendrá! ¿No se le pasó por alto colgar su media al pie de la cama? Y escribió su carta procurando hacer la mejor letra posible, encabezada con su "Querido Santo", continuada con la enumeración de las cosas que desea que el Santo le ponga en la media, o le deje encima de la repisa de la chimenea si acaece ser ello un tambor que no quepa dentro de la media, y acabada con el consabido felicidades para papá y mamá y un beso, y también con una oración; pues, como sabéis, Santa Claus es un santo que ha sido siempre muy bueno para con los niños. Una cosa que nunca es necesario pedir es una naranja. Una media sin esta fruta es algo inusitado. Y así es como debe ser; pues en Navidad ceden los rigores del invierno y se empiezan a columbrar rayos de esperanza, es el tiempo de generación y regeneración, el primer anuncio de que habrá otra primavera: y, para nosotros, en este nuestro crudo país septentrional de ríos helados y enjutos árboles adornados con carámbanos, la rara fruta exótica procedente de Jaffa o de Cataluña nos llega como un hálito de aire tibio prometedor de un nuevo verano.

La comida del día de Navidad es la fiesta del año. Toda la familia llega de muchas leguas lejos para celebrarla juntamente y la fiesta, que es casi litúrgica en su ritual y magnificencia, se prolonga hasta que se ha roto el último *cracker* y se ha dado buena cuenta de la última miga del pastel de Navidad. Y viene después aquél sueño

beatífico de cuando se ha probado el último juguete y todas las cabecitas rubias reposan sobre sus almohadas y los bracitos estrechan el cuello del más perplejo de todos los animales: el oso Teddy, y las personas mayores están sentadas contándose cuentos. Es ésta, más o menos, la hora en que se conecta la radio y el locutor nos lleva por todo el Imperio, desde la Nueva Zelanda, por el Africa central, hasta el territorio que queda al noroeste del Canadá, hasta el gélido Yukon mismo, por todas partes donde se encuentra un británico viviendo su vida británica bajo un pabellón británico; hasta que con un arranque de emoción hace un llamamiento al Rey para pedirle que dirija su palabra a sus millones de súbditos dispersos, y entonces todos escuchamos la voz que significa para nosotros la patria y nuestras santas tradiciones, la voz del que vela por todo lo que nos hace un pueblo y una nación hablándonos en nuestras propias y llanas expresiones desde su hogar, a nosotros en los nuestros.

Todo ello tiene lugar en el día de Navidad. Sigue después el segundo día de las fiestas, cuando se acostumbra a llenar con los regalos las cajas de Navidad y se repartían entre todo el mundo, costumbre que ahora ha pasado al día mismo de Navidad. Es éste un gran día de diversión. En Irlanda se le llama el día del reyzeuelo por la costumbre infantil de pasear por el campo con un reyzeuelo cautivo. Nadie sabe dar razón de ella. Es, como tantas otras costumbres de la Navidad, una supervivencia del paganismo, identificable en este caso muy verosímelmente con un culto de la fertilidad, pero que el cristianismo, con su sabiduría, ha adoptado y modificado. Prácticas del mismo carácter que la anterior lo son, por ejemplo, la farsa de la cabeza de jabalí, que sólo se celebra en uno de los colegios de Oxford (la cabeza del animal adornada con una guirnalda de hojas verdes y con una naranja en la boca es entrada ceremoniosamente, cantando, al banquete de Navidad de los profesores) y el juego de la máscara que revela un antiguo ritual pre-cristiano de muerte y resurrección. En diversas partes de Inglaterra existen parecidas supervivencias, si bien, dejando aparte la del acebo y el muérdago —esa rama mágica que tiene una virtud tal que, en caso de ser besada una muchacha debajo de ella debe pagar un rescate— muy pocas coexisten en varios puntos del país, hoy día. Otra costumbre muy hermosa y sugestiva que sobrevivió hasta nuestros mismos días era la del obispillo. Adaptación cristiana de una de las prácticas de nuestros antepasados paganos, consistía en revestir a un niño con las ropas episcopales

y tributarle los honores debidos a tal jerarquía, durante los doce días que faltan para llegar a la Epifanía. Debía pronunciar un sermón que todos los niños del vecindario debían escuchar y, si por desgracia, el niño moría durante el año que iba a empezar era enterrado con los honores de un Señor Obispo. Por cierto que en la catedral de Salisbury hay la tumba de un niño que murió durante su episcopado.

Hay muchas cosas interesantes en nuestras catedrales; y su arquitectura es, en la mayor parte de los casos gótica, lo cual es tanto como decir la obra en piedra de la Navidad. En nuestra literatura se encuentra por todas partes el sabor de la Navidad inglesa y lo mismo ocurre en nuestro teatro. En efecto, hay una modalidad del teatro que es inglesa exclusivamente y exclusivamente navideña —la pantomima. Es un género de pasatiempo que recoge el espíritu libre de preocupaciones de esta época del año. Como el circo (de los que, por las Navidades, hay uno en cada pueblo), la pantomima tiene sus payasos, que son la delicia del niño porque en la persona del payaso el niño se libera de su poquillo de resentimiento contra la injusta superioridad mental y física de los adultos; pero, además de amenidad y alegría—la princesa que es el ideal de gentileza, príncipe o muchacho principal como aquí la llaman (porque, en un país donde el locutor de la casa de los Comunes es el único miembro de la misma que no habla jamás, y en el que las escuelas llamadas públicas son escuelas privadas, el muchacho principal es siempre una niña), el hada-madrina y el malo. En esta variada atmósfera presentada con el máximo de habilidad teatral, los niños ven ejemplarizados los principales problemas de la vida, y ven la mayor exactitud que cabe—cómo el malvado no prospera y el bueno acaba por poseer la tierra. Para los mayores, claro está, la pantomima no resulta tan educativa. Se divierten más bien con las agudezas y chistes a expensas de altos personajes, y todo el mundo se retira a su casa contento, y la Navidad resulta tan bien como siempre.

Mas esto es, justamente, lo que nadie quiere reconocer. La Navidad fué siempre tan distinta y mejor en “aquellos buenos tiempos pasados”. ¡Oh! ¡y cómo solía nevar!, y ¡oh! ¡cuán maravillosos resultaban aquellos farolillos japoneses! ¡y las estrellas respandecían en el cielo sin nubes con una claridad que no volverán a tener! Ya dijo el poeta: “Perdió la tierra, irremisiblemente, algo de su esplendor”. No, yo nunca pienso en la Navidad, sin pensar en mi infancia...

Pero, ¿no dije esto ya al principio?

Roberto Kilian Brady





EL APOSTOLADO DE LA ORACION FORMA LAS MASAS Y LOS GRUPOS ESCOGIDOS PARA LA VIDA CRISTIANA

Carta de S. S. Pío XII al Prepósito general de la Compañía de Jesús

Recientemente se celebró en Roma un Congreso Internacional de directores del Apostolado de la Oración, presidido por el Rdo. P. Prepósito general de la Compañía de Jesús y Moderador supremo de las Asociaciones del Apostolado de la Oración. Con esta ocasión, Su Santidad el Papa felizmente reinante, Pío XII, dirigió al Rdo. P. Prepósito general una importantísima carta, cuyo texto íntegro reproducimos a continuación, en la que el Santo Padre hace constar que el Apostolado de la Oración es una forma perfecta de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y expresa su deseo de que todos los fieles, sin excepción, den su nombre a esta sagrada milicia.

Amado hijo: Salud y bendición apostólica.

Grande es nuestro gozo al ver reunidos en Roma, provenientes «de todas las gentes, pueblos y lenguas» (Apocalipsis, 7, 9), a tan numerosos promotores del Apostolado de la Oración, por ti sabiamente dirigido, con el fin de comunicarse sus mutuas reflexiones y sus experiencias y de aportar los socorros más eficaces a las necesidades de nuestro tiempo. No ignoramos con qué celo os dedicáis a propagar el culto del Corazón Divino de Jesús mediante vuestra Asociación, abierta y accesible a todos, bien con la publicación de los *Mensajeros del Sagrado Corazón* en casi cuarenta lenguas diversas, y con muchos otros escritos, bien con el uso de los más recientes inventos de nuestra época, cinematógrafo y radio, siempre prestos a formar en el mundo entero cristianos que sean miembros vivos de aquella Iglesia a la cual dijo Nuestro Señor: «Id y enseñad a todas las gentes» (Mateo, 28, 19).

Esta forma de apostolado, lejos de terminar en la recitación de algunas oraciones, tiende más bien, por su naturaleza, a conferir a sus miembros la forma más perfecta de la vida cristiana, dado que ningún verdadero cristiano, injertado como está mediante el bautismo en el Cuerpo místico de Cristo, puede aspirar a su propia santificación, olvidando la salvación eterna de los demás, ya que «a todos mandó el Señor que pensaran en su prójimo» (cfr. Ecli., 17, 12).

Ahora bien, así como la unión de los fieles entre sí y con Cristo se obtiene de la mejor manera mediante el culto del Sacratísimo Corazón de Jesús — de tal manera que con justicia se diría que el Apostolado de la Oración es una forma perfecta de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y a su vez, la devoción al Divino Corazón de Jesús de ningún modo puede andar separada del Apostolado de la Oración —, y así como es propio de esta devoción excitar el amor hacia Dios y hacia los hombres hasta la plena entrega de sí mismo, por eso vuestro Sodalicio tomó como lema propio la petición del Padre nuestro: «Venga a nos el Tu Reino».

Con el ofrecimiento cotidiano que, si es bien comprendido, representa una verdadera consagración al Corazón de Jesús y parece requerir como complemento suyo no sólo la consagración de las familias y de las asociaciones privadas, sino también la de las ciudades; con el culto al Corazón Inmaculado de la bienaventurada Virgen María, que va tomando incremento maravilloso; con la participación, cada vez más frecuente, de los fieles en la Sagrada Eucaristía; con el encendido amor hacia el Vicario de Jesucristo y con las intenciones particulares que todos los meses se proponen a las asociaciones; finalmente, con el llamado «reloj de misas», el Apostolado de la Oración forma las masas y los grupos escogidos para la vida cristiana y para la piedad y los enfervoriza para la acción;

y esto no sólo en las naciones cristianas desde hace ya mucho tiempo, sino también en las regiones recientemente sometidas al dulce yugo de Cristo.

Teniendo todo esto presente en nuestro pensamiento como nuestro predecesor Pío XI, de feliz memoria, Nos hemos declarado, y de nuevo gustosísimamente declaramos, que sería para Nos cosa gratisima el que todos los fieles sin excepción diesen su nombre a esta sagrada milicia, superando así de lejos los casi treinta y cinco millones de adscritos que son actualmente.

Y esto no puede hacer nacer en nadie la sospecha de una como irrupción del Apostolado de la Oración en el campo de los demás, porque los hombres que, inspirados por Dios, pusieron sus fundamentos, declararon ya abiertamente que no intentaban introducir nada nuevo donde ya existiesen otras piadosas instituciones, sino sólo comunicar a las demás asociaciones, sin turbar sus reglamentos, el fuego del amor divino y el celo apostólico. Por eso, mucho antes que las asociaciones de seglares destinadas a promover el Reino de Cristo hubiesen adquirido el consolador desarrollo que hoy con gozo vemos, estos mismos hombres habían ya constituido un sólido cuerpo de doctrina destinado a alimentar la vida interior y a sustentar las empresas de los hombres apostólicos; además, como si presintiesen aquellos peligros de la vida activa que Nos hemos indicado al hablar de la «herejía de la acción», aun alabando y animando la sed de dilatar el Reino de Cristo, quisieron, sin embargo, que la precedencia absoluta se concediera a la vida interior, persuadidos como estaban de que ésta, en la conquista de las almas para Dios, vale inmensamente más que todos los arbitrios humanos.

Por eso, como hicimos notar con ocasión del centenario de la fundación del Apostolado de la Oración, todas las asociaciones de fieles, especialmente aquellas que se honran con el nombre de Acción Católica, cuanto más ampliamente se acerquen a esta fuente superabundante «de agua que salta hasta la vida eterna», tanto más estrechamente estarán unidas con Cristo y unidas entre sí por el vínculo de la caridad, «que es el vínculo perfecto»; con esta unión de los espíritus y con el concurso del esfuerzo de todos, recogerán más abundantes frutos de sus fatigas, y lo que es más importante, obtendrán que descansen en el corazón de todos la paz de Cristo, aquella paz a la que están llamados formando un solo cuerpo (cfr. Col., 3, 14).

Con el andar del tiempo ha ocurrido que en circunstancias particulares ciertas asociaciones se desligaran del Apostolado de la Oración o se unieran con él, pero de tal manera que, aun adoptando las prácticas del Apostolado, tuvieron un programa propio de actividad. Tales son la Cruzada Eucarística y las Ligas del Sagrado Corazón. La Cruzada Eucarística, que se desarrolló en el mundo entero, sobre todo entre los niños, ha conducido a la comu-

nión frecuente y aun cotidiana a una multitud innumerable de pequeños, predilectos del Divino Corazón, y los ha formado en la sincera piedad hacia Dios y en la seria voluntad de ganar almas para El, encendiéndolo en muchos de ellos el deseo de consagrarse enteramente al divino servicio. Con razón nuestro predecesor Pío XI pudo decir que la Cruzada Eucarística debía llamarse palestra o noviciado de la Acción Católica, y Nos, no sin grande consuelo nuestro, hemos sabido que esta institución, debidamente adaptada a los mayores, ha atraído ya hacia sí a muchos adolescentes bajo varias denominaciones para formarlos rectamente y profundamente en la escuela de Cristo.

Es digna, además, de singular mención aquella asociación que se conoce bajo el nombre de Liga del Sagrado Corazón o Liga de Perseverancia, la cual reúne a hombres adultos y a jóvenes que muchas veces han practicado los ejercicios espirituales, exigiendo de ellos, como práctica principal y obligatoria, el acercarse por lo menos una vez al mes todos juntos a la sagrada comunión. ¡Y cuántos fieles, movidos por ejemplos tan bellos de vida cristiana, en los campos y en las ciudades, se sintieron suavemente atraídos a una vida mejor! Cuántos, después de haber dado espontáneamente su nombre a esta pacífica milicia, toman parte en las iniciativas que ella tiene por fin o de enderezar la conciencia o de promover la temperancia, o de conseguir otros bienes semejantes, demostrando así con los hechos cuán eficaces son para el apostolado católico estas agrupaciones de hombres que, bajo la bandera del

Sagrado Corazón, combaten por la defensa del altar y del hogar. Ninguna maravilla, pues, que por tantos y tan importantes servicios prestados al catolicismo, prenda indudable de mayores frutos, en muchos lugares los excelentísimos Obispos hayan definido las Ligas del Sagrado Corazón como escogidísimas filas de la Acción Católica, puesto que se han demostrado en realidad perfectamente calificadas y formadas para los fines de esta Acción Católica.

Y aquí no queremos pasar en silencio las emisiones radiofónicas que últimamente se han iniciado en varias lenguas por seiscientas y más estaciones; esta iniciativa, con la que llegan a reunirse cerca de quince millones de oyentes y se esparcen en sus almas como chispas de virtud y de amor de Dios podrá, tanto entre las paredes domésticas como en las plazas y hasta en las reuniones donde se tratan los asuntos públicos, confirmar y estimular los propósitos de fervorosa vida cristiana.

Nos congratulamos, pues, con todos los promotores del Apostolado de la Oración, por todos estos méritos suyos hacia la Iglesia, y pedimos al Señor que sus empresas tengan siempre la alegría de frutos abundantes. A ti, pues, amado hijo, a tus colaboradores y a todos los miembros del Apostolado de la Oración, lo mismo que a los grupos unidos a él, bien por el origen, bien por la caridad fraterna, impartimos de todo corazón, como auspicio de los bienes celestiales y prenda de nuestra benevolencia, la bendición apostólica.»

En las fiestas centenarias de San José de Calasanz

El Papa exalta la figura y la obra del celeste Patrono de las escuelas populares cristianas

El día 22 del pasado mes de noviembre, el Romano Pontífice recibió en audiencia, en el palacio de Castelgandolfo, al general de la Orden de los Escolapios, Rdo. P. Tomek, que iba acompañado por la curia generalicia de la Orden, y a la misión española que se trasladó a Roma con el fin de recoger las reliquias de San José de Calasanz, y que han sido llevadas a nuestra Patria con motivo de las fiestas centenarias del gran apóstol de las escuelas populares cristianas. Asistieron también a la audiencia, mil profesores y alumnos de las Escuelas Pías reunidos en la Capital Eterna con este objeto. El Santo Padre dirigió a los presentes el siguiente discurso:

Qué alegría, qué alegría, qué triunfo para vuestro santo fundador es esta numerosa representación de sus hijos. Unos prolongan en su vida religiosa la vida terrestre del santo, santa y apostólica; otros, formados e instruidos en las Escuelas Pías, difundidas en tantas regiones del mundo, le atribuyen con ánimo agradecido el honor y el mérito de la educación sana y fuerte que han recibido. De nuestra admiración por vuestro padre y legislador, dilectos hijos, os hemos dado un solemne testimonio en el breve apostólico *Providentissimus Deus*, con el cual lo hemos declarado y proclamado celeste Patrono de todas las escuelas populares cristianas. San José de Calasanz, del que fué cuna la católica España, fundó la escuela elemental para niños, pero más precisamente para los niños pobres y abandonados. Otros recorrieron después, nobilísimamente, el mismo camino; pero a todos los precedió y fué el humilde y valeroso portaestandarte en la obra santa. Sin duda, San José de Calasanz y la Orden que había fundado, según las circunstancias lo aconsejaron o requirieron, abrieron también escuelas superiores para jóvenes de posición elevada. Sin embargo, el gran amor de vuestro fundador fué siempre para el hijo del pobre y del pueblo

sencillo, y la escuela que él fundó se preocupó no sólo de instruirles y educarles en la fe cristiana, que siguió siendo siempre su más alto afán, sino también quiso a la vez impartirles, con sabio y experimentado método pedagógico, un sólido conocimiento para prepararles y adiestrarles para la vida. El es verdaderamente merecedor del título honorífico que le ha sido recientemente concedido.

La Cruz fundamento de las instituciones de la Iglesia

Vuestro padre ha edificado su instituto sobre la base que el divino Redentor puso en toda su obra, y que será siempre segura garantía de la autenticidad y duración de todas las instituciones de la Iglesia: sobre el fundamento de la cruz. Lo que el santo en los últimos años de su larga vida sufrió, lo que soportó con heroica virtud, resplandece como una de las más fúlgidas y preciosas joyas en la historia de los santos. A San José de Calasanz se le puede aplicar de una manera excelente la promesa del salmo: «*Qui seminant in lacrimis, in exultatione metent*» (Ps. 125, 6). Por una singular disposición de la divina Providencia,

este año de 1948 subraya luminosamente dos momentos de la promesa: el 25 de agosto de 1648 es todavía el tiempo de la dolorosa siembra, de las lágrimas, de la prueba de la cruz; pero al propio tiempo que sembrador, era el grano de trigo lanzado en el surco para morir y germinar. Pero he aquí que el trigo nace, crece, sazona, y el sembrador, viviendo en la eternidad de luz, lo ve, alienta y bendice.

Cien años más tarde bajo el gran sol de la gloria, sobre la tierra, aparece como beato ante los ojos del mundo, llevando amorosamente en sus brazos las bellas espigas doradas.

El ideal de San José de Calasanz

Todos los que estáis aquí reunidos, junto a los que no pueden estar presentes más que con el corazón, le rendís el homenaje debido. Pero él espera principalmente de vosotros que prosigáis y promováis siempre mejor, según su ejemplo, bajo su guía y con su protección, lo que fué el ideal de su vida y de su pensamiento: la educación cristiana completa de la juventud. Vosotros, ante todo, hijos suyos por vuestra profesión religiosa; vosotros, que animados de su espíritu habéis dejado, como él, vuestra vida al apostolado, tan caro a su corazón. Y Nos pensamos en este momento en las eminentes figuras de dignatarios eclesiásticos, teólogos, literatos y hombres de ciencia que han ilustrado vuestra Orden; pero nuestro recuerdo se va con reconocimiento y amor especial al escolapio desconocido, a todos los miembros de vuestro Instituto, que con su modesto trabajo, quizá poco considerado por el mundo, han llevado a millares y millares de niños al saber y a toda virtud religiosa y civil.

Este ideal es muy elevado, porque tiene por objeto supremo la formación sobrenatural y, por lo tanto, el destino eterno de los alumnos confiados a su cuidado. Es también muy vasto porque tiende a formar hombres perfectos por su cultura intelectual, moral, científica, social, artística, según la condición, las aptitudes y las legítimas aspiraciones de cada uno, de forma que nadie se convierta en un relegado o en un inepto y, por otra parte, ninguno vea cerrado a su paso el camino que conduce a la cumbre. Oficio magnífico y santo el de los educadores, que les pone en posición de dar a sus escolares lo que les conviene en materia de conocimiento, y que ha de tener el arte de plegar y adaptar su enseñanza a la inteligencia y capacidad de los adolescentes, y sobre todo supone dedicación, amor y, en la medida de sus fuerzas, un santo entusiasmo que fomente el interés espontáneo de los alumnos y estimule su ardor por el trabajo.

La gran escuela del amor es la Cruz

¿Dónde alcanzaréis, pues, este tesoro de pedagogía superior que necesitáis? En vuestra vida espiritual interior, en la oración, en el estudio; en una palabra, en la práctica exacta y fiel de los deberes de vuestro estado, que el santo fundador os inculcó con sus ejemplos, con las reglas dadas por él, con sus admirables cartas, que un amor filial, junto con una diligente y aguda erudición, ha puesto o pondrá próximamente en vuestras manos.

De este maestro incomparable aprenderéis siempre más perfectamente lo que habéis de saber y hacer y cómo debéis hacerlo, lo que habéis de sufrir y cómo debéis imitar su magnanimidad en el sufrimiento, porque la educación es ante todo obra de amor, y la gran escuela del amor es la cruz.

Pero también a vosotros nos dirigimos, caros alumnos; a vosotros, objeto de tantos cuidados; a vosotros, que podéis comprender, ya, o por lo menos entrever, qué gran obra es vuestra educación; grande por el fin que se propone, grande por lo que cuesta a vuestros educadores,

grande por la colaboración que exige de vosotros. Así la concebía el santo que honráis hoy especialmente, pero al que debéis rendir culto y homenaje constante, no sólo con acto de devoción, sino haciendo todo lo posible por corresponder a las intenciones de su amor hacia vosotros. Porque vosotros, que crecéis en el aula de las escuelas calasancias, no podéis ciertamente ir todos los días a la escuela, estudiar diligentemente vuestras lecciones, hacer conscientemente vuestros deberes, afinar vuestro ingenio con el ejercicio y la cultura por el solo hecho de asegurarnos una honesta condición de vida. No; además de estos fines justos y rectos, la educación tiene el fin superior de formar y perfeccionar en vosotros al cristiano digno de su carácter natural y sobrenatural, útil a la sociedad, cualquiera que sea el oficio al que la Providencia le ha destinado.

Fines especiales de la escuela católica

Para forjar tales hombres, ¿habéis reflexionado a qué trabajos, a qué fatigas y a qué renunciaciones totales y continuas vuestros maestros y profesores deben someterse? La obra de la formación comporta inevitablemente todos los sacrificios. Los sacrificios pueden ser aceptados con mala voluntad o aceptados de buen grado. Vosotros tenéis la obligación de colaborar estrechamente con vuestros educadores. A esta colaboración es llama la pedagogía de San José de Calasanz, tanto en el estudio intelectual, profano y religioso, como en la cultura moral y sobrenatural, pues se trata para vosotros no sólo de registrar los buenos resultados como simples receptores pasivos, sino de cooperar con una actividad al mismo tiempo dócil y personal. Todo esto es verdad, en general. Pero cada hora tiene su propia faz, a la cual debe acomodarse necesariamente la educación cristiana.

Nos estimamos que la escuela católica ha de tener presente dos fines especiales: inquietud ante la desmesurada multiplicidad, ante la presión de la vida moderna, que aprieta al hombre como en una espiral y no le deja concentrarse en sí mismo; en segundo lugar, el juicio exacto sobre lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, lo lícito y lo ilícito. La educación católica es llamada a llevar al hombre a una segura y profunda convicción. ¿No es ésta la voz de la experiencia diaria? Mirad: los que no han guardado los principios llegan hoy desde las altas zonas de la lucha ideológica hacia la Iglesia.

Esta tiene en sí una historia admirable de santidad y de grandes obras, es rica en venerables costumbres, en belleza de formas sublimes. Mas lo que, sobre todo, atrae a los espíritus es la convicción, firme como una roca, de la verdad absoluta, de la fuerza divina de aquella fe, de la cual todo lo demás recibe vida y valor. A la inestabilidad moral, hacia la cual la juventud de mil modos es arrastrada por la supercultura de los libros, de las imágenes y de las películas, la educación católica debe oponerse, para que el hombre, que se sabe dominar a sí mismo, defienda la dignidad humana y cristiana. La moral católica es amplia; ella acoge y abraza todo aquello que se encuentra en el ámbito de aquella dignidad. Por ella son también marcados los límites que no es lícito traspasar. Mantener inviolados estos límites es la tarea y el mérito de los ánimos fuertes; pero es necesaria la gracia, y el humilde rogará para impetrarla; gracia y oración, sin las cuales no es posible la victoria. Es necesario que los jóvenes se ejerciten en la renunciación, en el sacrificio, en el dominio de sí mismos. Por esto, todos, educadores y alumnos, invoquemos la intercesión del santo fundador, hombre de increíble fe y de heroica abnegación, y mientras con él ponemos a las Escuelas Pías de la Madre de Dios bajo el potente auxilio de la Virgen Purísima, Nos os impartimos con paternal afecto la bendición apostólica.

La política filosoviética del señor Roosevelt

De cómo el señor Roosevelt intentó justificar su plan de ayuda a la U. R. S. S.

En una conferencia de prensa celebrada en el mes de octubre de 1941, es decir, iniciadas ya y en pleno desarrollo las hostilidades entre Alemania y la U. R. S. S., el presidente de los Estados Unidos señor Roosevelt habló con cierto alborozo del artículo 124 de la Constitución soviética de 1936, insistiendo en el hecho de que en el mismo se encontraba el fundamento de la libertad religiosa para el pueblo ruso.

Estaba en aquellos momentos en marcha el plan de ayuda militar a los pueblos en guerra contra el Reich alemán, llamado de Préstamo y Arriendo, cuyas ventajas materiales deseaba extender el señor Roosevelt a los comunistas rusos. Sin embargo, la tentativa del señor Roosevelt resultaba algo difícil de llevar a la práctica, a causa de la visible repugnancia que una tal ayuda provocaba en ciertos medios religiosos del país y del extranjero. Pero el señor Roosevelt, dispuesto a seguir inflexiblemente una política que había de conducir a los Estados Unidos a participar directamente a la guerra, y que más tarde provocaría la ocupación por los soviets de una gran parte de los pueblos de la Europa oriental y central, no vaciló en acudir a todos los recursos imaginables para lograr que los rusos pudiesen aprovecharse de las facilidades económicas y de las entregas de armamento que el Gobierno estadounidense facilitaba a manos llenas a todos los enemigos, declarados o presuntos, de Alemania.

En su citada conferencia de prensa, los periodistas habían preguntado al señor Roosevelt sobre la realidad de una información facilitada por el embajador polaco Jan Ciechanowsky, relativa a la apertura en Moscú de una iglesia católica y de una sinagoga para el servicio de los polacos allí residentes. Sin contestar concretamente a la pregunta, el señor Roosevelt se limitó a recordar a los informadores la conveniencia de leer el mencionado artículo 124 de la Constitución soviética. A nuevas preguntas de los periodistas, el señor Roosevelt aclaró que dicho artículo proclamaba la libertad de conciencia, la libertad de religión y la libertad de propaganda antirreligiosa, y añadió con mal disimulado regocijo: «Esencialmente son los mismos principios que aplicamos en los Estados Unidos, aunque no los expresemos en la misma forma.»

Después de esta solemnisima declaración, el señor Roosevelt debió sentirse extraordinariamente satisfecho y convencido de haber roto todas las resistencias de tipo religioso que pudieran obstaculizar su plan de ayuda a la U. R. S. S.

Estaba en lo cierto el señor Roosevelt al afirmar la existencia del referido artículo 124, en el cual se dice que «se reconocen para todo ciudadano la libertad religiosa y la libertad de propaganda antirreligiosa»; pero también era verdad — aunque el señor Roosevelt tratase de paliarlo con absurdas esperanzas — que en la práctica no existía ni la sombra de la tan cacareada libertad religiosa, y que nadie daba a la llamada Constitución soviética otro valor que el de una de tantas armas propagandísticas de las que tan pródigamente saben usar los dirigentes del

Kremlin. ¡Cupo al señor Roosevelt descubrir que dicho artículo ponía en entredicho todo lo que el mundo sabía sobre la satánica persecución de los sin Dios comunistas!

De cómo el señor Roosevelt pretendió comprometer a la Santa Sede en su política prosoviética

No se detenía allí, empero, la maniobra del señor Roosevelt. Precisamente por aquellos días acababa de regresar de Roma el señor Myron C. Taylor, enviado personal del Presidente de los Estados Unidos cerca del Soberano Pontífice. Los motivos de aquel viaje del señor Taylor habían sido, precisamente, «aclarar los sentimientos y la opinión americana respecto a Su Santidad en lo referente a la ayuda a la Unión Soviética y los puntos de vista del Pontífice a igual respecto», amén de «cambiar pareceres en relación con la *Carta del Atlántico*», según ha explicado posteriormente el propio señor Taylor (1).

Evidentemente, en el ánimo del señor Roosevelt había de pesar muchísimo la opinión de la minoría católica de su país, que no ignoraba la condenación rotunda que del comunismo hizo Pío XI, así como la imposibilidad moral de colaborar con tan perverso sistema. Por ello, tal vez, el señor Roosevelt supuso que una entrevista de su representante personal con Su Santidad el Papa, en aquella ocasión, habría sin duda alguna de fortalecer su posición ante los católicos estadounidenses, y aun podría quebrantar la fidelidad a sus respectivas patrias de los grandes núcleos católicos de Alemania y de sus aliados.

Ignoramos los términos en que se desarrollaron las conversaciones privadas entre el Romano Pontífice y el señor Taylor, pero hay un dato precioso que prueba palmariamente el deseo del señor Roosevelt de comprometer directamente al Papa en sus designios políticos, contrastando elocuentemente con la altura de miras, por encima de rivalidades y afanes personales, de la Santa Sede, como quedó puesto de manifiesto entonces según vamos a ver seguidamente.

El día 9 de septiembre, el señor Taylor entregaba al Papa una carta fechada el día 3 del mismo mes, y firmada por el señor Roosevelt. En esta carta, el Presidente de los Estados Unidos decía, entre otras cosas, lo siguiente:

«Según me han informado, se hallan abiertas las iglesias en Rusia. Creo que existe una posibilidad cierta de que dicho país pueda reconocer, como resultado del presente conflicto, la libertad de religión en él, aunque, naturalmente, sin el reconocimiento de la intervención oficial por parte de cualquier Iglesia dentro de Rusia, en materias educativas y políticas. Pienso que si esto puede realizarse traerá consigo la probabilidad de restaurar la verdadera libertad religiosa en Rusia con mayor y mejor fundamento que el que tiene dicha libertad en la Alemania de hoy.» Y añadía más adelante: *«Creo, sin embargo, que esta dictadura rusa es menos peligrosa para la seguridad de las demás naciones que la forma dictatorial de Alemania. La única arma que emplea aquella dictadura fuera de sus fronteras es la propaganda comunista, la*

(1) Pío XII y Roosevelt y notas explicativas, por Myron C. Taylor.

A LA LUZ DEL VATICANO

cual, naturalmente, reconozco que ha sido utilizada en el pasado con el propósito de quebrantar la forma de gobierno de los demás países, las creencias religiosas, etc. Alemania, sin embargo, no sólo utilizó, sino que está utilizando, igualmente, esta clase de propaganda y ha emprendido también el empleo de cualquier forma de agresión militar fuera de sus fronteras con el propósito de conquistar el mundo por la fuerza de las armas y de la propaganda. Creo que la supervivencia de Rusia es menos peligrosa para la religión, para la Iglesia como tal y para la humanidad en general que lo sería la de la dictadura alemana...»

Si el señor Roosevelt se expresaba en términos de absoluta buena fe en sus anteriores apreciaciones, no dió verdaderamente muestras de ser un gran estadista, y mucho menos de calibrar a fondo la verdadera naturaleza y finalidades del comunismo.

A la anterior carta, el Santo Padre respondió el 20 de septiembre con una misiva en la que, sin aludir a los temas especificados por el Presidente de los Estados Unidos, hacía constar su confianza en que, al estructurarse la futura paz, «se incorporarán aquellos principios cristianos fundamentales, cuya aplicación asegure la victoria del amor sobre el odio, del derecho sobre la fuerza, de la justicia sobre el egoísmo, y en la cual la búsqueda de los valores eternos prevalecerá sobre la simple pesquisa de los bienes temporales», para terminar agradeciendo la «magnífica ayuda» del pueblo americano.

Las gallinas políticas -según Dimitroff- sueñan con miijo

Entretanto, proseguía la campaña en favor de la ayuda a la U. R. S. S., campaña que se desarrollaba en todos los tonos y con los más variados medios de propaganda.

Uno de los tópicos repetidos con más frecuencia era el de que los gobernantes comunistas de Rusia iban a cesar en su política antirreligiosa. Claro está que no se podía menos de reconocer, aunque fuese con paliativos, el estado de cosas imperante en la Unión Soviética; pero se hacía resaltar que existían buenos motivos para esperar que de una amplia ayuda militar a aquel país nacerían nuevas orientaciones en lo que respecta al libre desenvolvimiento de las actividades religiosas.

Escribe sobre el particular el señor Taylor: «Mientras la libertad de conciencia y de culto religioso, asegurada al pueblo con el artículo 124 de la Constitución de la U. R. S. S., no era respetada en la práctica en muchos de sus aspectos esenciales, el Presidente mantenía la esperanza de que al fin lo sería, por completo, la libertad religiosa. Tal esperanza se veía fortificada en esa época por la favorabilísima actitud oficial soviética hacia el culto religioso según se expresaba corrientemente en la prensa soviética y en un discurso del embajador soviético en Londres» (2).

Esa esperanza iba matizada en ocasiones de comentarios algo desenfocados, como el que hizo en aquella ocasión la señora Roosevelt, al declarar que el estado de irreligiosidad de Rusia se debía a una carencia de oportunidades para la educación de sacerdotes (!).

Así se fué manteniendo durante el transcurso de la guerra la vana ilusión de una rápida rectificación soviética. Cualquier indicio, cualquier declaración, se aprovechaban en seguida para ir alimentando la confianza del pueblo de los Estados Unidos. A ello coadyuvaban otros elementos propagandísticos. El libro de Davies, *Mision to Moscow*, vertido poco después al celuloide por la firma cinematográfica judía «Warner Brothers», y la conocida obra del candidato a la Presidencia de los Estados Unidos, Willkie, *One World*, no fueron las menores aportacio-

(2) Obra cit.



ROOSEVELT

nes al esfuerzo político prosoviético del señor Roosevelt.

Este, que a raíz de su elevación al solio presidencial en 1933, había reconocido al gobierno soviético de Moscú, entablado al efecto largas conversaciones con el señor Litvinof, se veía ahora apoyado en sus propósitos incluso por el que parecía ser oficialmente su contrincante en las elecciones. Efectivamente, fué el señor Willkie el que en su citada obra dejó impresas las siguientes líneas: «No hemos de tener miedo a Rusia. Tenemos que aprender a trabajar con ella contra el enemigo común, Hitler. Tenemos que aprender a trabajar con ella en el mundo después de la guerra. Porque Rusia es un país dinámico, una sociedad nueva, una fuerza que no puede ser pasada por alto en ningún mundo futuro».

Así se iba escribiendo la historia de los presentes días. Así se fué facilitando a la U. R. S. S. la conquista de su preciado título de primera potencia mundial.

¡Lástima que los hombres de buena voluntad —de auténtica buena voluntad— no recordasen entonces las advertencias del dirigente soviético Ogradow: «Cambiamos algunas decoraciones, pero el escenario continúa siendo el mismo. Los que toman este cambio de escena por un cambio interno y profundo no pueden ser más que los que no han pasado por la escuela de Stalin!» O aquellas otras, quizás más significativas, de Dimitroff: «Sabios hay que en la más mínima desviación en la línea de nuestras posiciones pretenden vislumbrar una tendencia del comunismo hacia la derecha. Que recuerden aquel refrán de mi tierra búlgara: «La gallina hambrienta sueña siempre con miijo». Que sigan soñando esas gallinas políticas. Mejor para nosotros».

La política del señor Roosevelt y la expansión comunista

Algunos elementos soviéticos contribuyeron a aumentar el confusiónismo entre las personas dispuestas siempre a creer en una «conversión» del comunismo, mediante ciertas declaraciones y artículos periodísticos que en realidad no comprometían al gobierno soviético y muchísimo menos a la organización comunista. Este aspecto de la propaganda moscovita no solamente se desarrolló, con ciertas alternativas, durante la guerra, sino que continuó posteriormente en los primeros años de la postguerra, hasta mediados de 1947, a partir de cuya fecha, los ór-

ganos responsables soviéticos opusieron un mentís rotundo a todas las especulaciones creadas en torno a la posibilidad de un cambio radical en lo que concierne a la posición antirreligiosa del comunismo.

Aun en los comienzos del año 1946, el semanario comunista de Moscú *El Joven Bolchevique* escribía: «Si existen todavía jóvenes comunistas que creen en Dios, el deber de los dirigentes es el de explicarles pacientemente su error, demostrarles toda la maldad de los principios religiosos, ayudándoles a comprender, pero cordialmente, el mundo que les rodea. La prohibición de creer es un argumento de los que son incapaces de probar, por medio de raciocinios científicos, el buen fundamento de su punto de vista materialista.»

Contra esta teoría se levantó varios meses más tarde, según explicamos ya en estas mismas páginas (3), el órgano central de la juventud comunista rusa *Komsomolskaya Pravda* («La Verdad del Komsomol»), que replicó en los siguientes términos: «El problema planteado en esta forma no es más que una tentativa para conciliar el materialismo con el clericalismo y el idealismo. Este punto de vista es un alejamiento del marxismo. Veamos lo que a este propósito ha dicho el compañero Stalin: «El partido no puede permanecer indiferente ante la religión, sino que debe, por el contrario, desarrollar una propaganda antirreligiosa contra los prejuicios religiosos de todo género».

Y un mes más tarde (noviembre de 1947), el propio periódico publicó un decreto del Comité Central de la Juventud Comunista, prohibiendo a los jóvenes comunistas frecuentar las iglesias, participar en los oficios religiosos y, en general, cualquier relación con los sacerdo-

tes. Dicho decreto subraya que el primer deber del joven comunista es la lucha contra la religión, destacando que ésta es incompatible con el materialismo marxista.

Y por si alguien no entendiese suficientemente este lenguaje, ahí están las especies calumniosas e infames que la prensa y la radio al servicio del comunismo lanzan constantemente contra la Iglesia Católica y contra la persona augusta del Romano Pontífice. La mano tendida que a menudo han ofrecido los comunistas a los católicos, y que por desgracia encontró a veces insospechadas complicidades, se ha cerrado hoy con gesto agrio siguiendo las novísimas directrices de Moscú. Su Santidad Pío XI calificó al sistema comunista de *intrínsecamente perverso*, y este calificativo es la mejor explicación de la maldad de sus doctrinas y de los gravísimos gérmenes de muerte que las mismas encierran.

La política del señor Roosevelt iniciada en 1933, y que culminó en 1941 con la ayuda directa a los jerifaltes rojos, ha contribuido, sin duda alguna, a la posterior expansión de la Unión Soviética y a la propagación del comunismo por todos los ámbitos del mundo. Pero quizás lo más grave de la política rooseveltiana no fué tanto la ayuda militar y económica —con ser ello gravísimo— a los dictadores rusos, sino el ambiente de confianza que crearon alrededor del régimen bolchevique y la defensa armada organizada alrededor del mismo.

Ahora, los Estados Unidos quieren —al parecer— desandar el camino andado sirviéndose del llamado Plan Marshall. Pero, ¿será posible con simples medios económicos y financieros destruir el mal enorme que se ha causado en el mundo de las ideas?

¿Puede ser el Plan Marshall el antídoto ideal a la política filosoviética del señor Roosevelt?

José-Oriol Cuffi Canadell

(3) Véase CRISTIANDAD, núm. 93, pág. 71.



Numismática Papal en los Años Jubilares

Visto ya, en artículos anteriores, cómo la Iglesia se ha servido de las monedas papales para instruir a los fieles, grabando en ellas pasajes bíblicos; y demostrando, con símbolos de paz, el interés que siempre ha tenido por la paz del mundo.

Visto también, en las monedas de Aviñón, el origen de los escudos heráldicos; el del trirreño; y en las monedas de Sede Vacante, cómo la Iglesia invoca al Espíritu Santo en las ceremonias del Conclave; falta ahora tratar de las monedas acuñadas durante los Años Jubilares.

Como sea que el Papa Pío XII ha anunciado ya a todo el Orbe que en 1950 tendrá lugar, Dios mediante, el Año Santo, según la forma de la veneranda tradición, como así se expresa el Papa; vamos nosotros en el presente artículo a decir algo referente al particular: Primeramente hablaremos del origen del Año Santo; después, del orden que se ha seguido en ellos; Papas que los han celebrado; finalmente comprobaremos, por medio de las monedas, la forma de la veneranda tradición a que se refiere el Papa.

Referente al origen del Año Santo, vemos en el Antiguo Testamento (Levítico XXV-10) cuando Dios, entre otros mandatos, dijo a Moisés: «*Santificabisque annum quinquagesimum... ipse est enim Jubilæus*» esto es, año de remisión de deudas divinas y humanas; era anunciado al pueblo con sonido de bocinas.

El primer Año Santo no fué celebrado por Moisés; no celebróse hasta después que el pueblo hebreo hubo entrado en la tierra prometida.

A través de los tiempos iban cumpliendo este precepto.

Pasada la ley antigua a la ley de gracia, por obra de la Redención, y después de sufrir la Iglesia: persecuciones, herejías, cismas, invasiones, y otras muchas vicisitudes no se olvidaron los cristianos de dar gracias a Dios por los beneficios recibidos y pedirle perdón por las injurias e ingratitudes cometidas; el tiempo en que lo hacían era al pasar de un siglo a otro. Así lo vemos en tiempo del Papa Bonifacio VIII (1300), quien ordenó la celebración del Año Santo a los fieles cristianos cada cien años. La determinación de este Pontífice en tal cumplimiento fué como sigue: Habiendo observado dicho Pontífice que en la ciudad de Roma habían acudido muchos peregrinos al empezar el año 1300, y muchos romanos iban a San Pedro para obtener perdón de sus pecados, entre ellos había un anciano de Saboya de 107 años de edad, quien manifestó que en 1200 también había hecho lo mismo, acompañado de su padre, a fin de ganar el Jubileo; al saber el Papa este hecho, quiso entrevistarse con aquel anciano para convencerse de lo relatado, siendo esto una de las causas que influyeron al Papa para establecer el Año Jubilar cada cien años; pasándose así de una costumbre a una ordenación.

Como este privilegio o remisión de deudas y pecados era cada cien años y a pocas personas podía favorecer, porque pocos son los que a 100 años llegan, de aquí que el Papa Clemente VI, en el Palacio de Aviñón, lo redujo a 50 años, tal como lo tenían establecido en el pueblo de Israel. Más tarde, el Papa Urbano VI, en memoria de los 33 años que vivió Jesucristo, acá en la tierra, lo puso a los 33; Nicolás V volvió a los 50, y por fin Paulo II señaló como plazo, ya fijo, cada 25 años, confirmándolo Sixto IV en 1475, en cuyo año y a tal fin suspendió todas las indulgencias plenarias y parciales, *pro vivis*, excepto las concedidas para el artículo de la muerte, las del An-

gelus Domini, las de los que acompañan con luces al Viático, las de las *Cuarenta Horas*, y las concedidas por otra persona que no sea el Padre Santo, a saber: Cardenales, Nuncios y Obispos, en sus ministerios Pontificales.

De todo lo cual se deduce que durante los siglos XIV y XV los Papas fijaron las fechas para la celebración de los Años Jubilares o Santos, y en los siglos XVI, XVII y XVIII observóse con toda exactitud la celebración de los mismos cada 25 años.

Los horrores de la revolución estorbaron en 1800 la celebración del Año Santo. León XII lo celebró en 1825, mas Pío IX, impedido dos veces, por los acontecimientos políticos, de celebrar las fiestas jubilares en Roma, concedió para 1850 y 1875 indulgencia plenaria en forma de Jubileo.

Todos los que contamos con más de medio siglo de existencia recordamos muy bien las fiestas jubilares de 1900, con las cuales el inmortal León XIII cerró el siglo XIX y abrió el siglo XX.

Más recientemente, el Papa Pío XI celebró el Año Jubilar en 1925; y en 1933 otro, en conmemoración del Centenario de la Redención; con todo y haber dicho el Papa Pío XI que: *la ciencia no lo afirmaba tan categóricamente*, respetóse, no obstante, la opinión popular de considerar el año 33, el año de la Crucifixión de Cristo. El año más probable parece ser el 29, por coincidir el día 25 de marzo en viernes, confirmado esto por el milagro de las espinas de la corona de Jesucristo que se veneran en las ciudades de Bari y de Andria (Italia), y, al mismo tiempo, estar aquella fecha dentro del período Pascual o plenilunar, probado por los cálculos astronómicos; todos estos datos no se pueden aplicar al año 33; así lo prueban muchos y graves autores. (En otra ocasión, D. m., daremos una explicación más detallada referente al particular.)

Admitir que el año 29 sea el año de la Crucifixión de Cristo, no es poner dificultad alguna al número de años que vivió Jesucristo acá en la tierra, pues, debido a la disparidad en calendar los años en sus principios y el haber el monje Dionisio el Menor (siglo VI) empezado a contar los años de la Era Vulgar en una forma que podríamos decir retrospectiva, resulta que Jesús, hechas estas cuentas, tendría al empezar la Era Vulgar unos 4 ó 5 años los cuales, sobre 29, son 33 y medio.

Pasemos a la relación de los Romanos Pontífices que en las fechas indicadas les tocó celebrar Año Jubilar, y de un modo especial, de los que acuñaron monedas en fechas correspondientes, cuyas monedas comprueban gráficamente la veracidad y tradición de los Años Jubilares.

Bonifacio VIII (1300) no acuñó moneda alguna que testifique el Año Santo, pero tiene medalla conmemorativa.

Clemente VI (1350) tampoco se le conocen monedas acuñadas durante el Año Santo; podría aludir a tal celebración la inscripción hecha en sus monedas, en las cuales se lee «*Agimus tibi gratias omnipotens Deus*», pero, como en anteriores monedas (Clemente V usa de esta inscripción), no tiene fuerza este argumento.

De los Pontífices Bonifacio IX y Martín V, aunque la historia nos refiere la celebración de Años Santos, y de este último la apertura de la Puerta Santa en San Juan de Letrán, con todo, no se les conoce monedas conmemorativas; hasta el año 1450 no las vemos bien determinadas, y empiezan con Nicolás V y sus sucesores a saber:

AÑOS	PAPAS	LEYENDAS Y GRABADOS
1450	Nicolás V	Anno Jubilei - S. Petrus S. Paulus Alma Roma.
1475	Sixto IV	An. Jubilei - S. Paulus S. Petrus An. Jubilei Roma.
1500	Alejandro VI	An. Jubilei - Justiciae Pacisque Cultor.
1525	Clemente VII	Anno Jubilaei - Portae caeli apertae sunt.
1550	Julio III	A. Jubi. - Justi intrabunt per eam (portam).
1575	Gregorio XIII	An. Domini - Justi intrabunt per eam (portam).
1600	Clemente VIII	Anno Jubilei - Haec porta Domini Roma (otra) Absoluto - Roma.
1625	Urbano VIII	(Puerta s. abierta) - Qui ingreditur sine macula.
1650	Inocencio X	Anno Jubilei - Justi intrabunt per eam (portam).
1675	Clemente X	An. Jub. - Diligit Dominus portas Sion.
	Inocencio XII	Anno Jubilei - Aperiet Dominus The-saurum suum.
1700	Clemente XI	Anno Jubi. - Clausit.

(Véase el núm. 94, pues, al hablar de la Sede Vacante, del Papa Inocencio XII, se explicó con detalles que: abrió el Año Santo este Pontífice y lo clausuró Clemente XI; único caso que se registra en la serie de Años Jubilares que uno sea el Pontífice de abrir la Puerta Santa y otro el que la cierre.)

1725	Benedicto XIII	Anno Jubil. (El grabado es la puerta Santa abierta.)
1750	Benedicto XIV	Anno Jub. CDDCCL (Puerta Santa abierta. Estas cifras romanas nos enseñan, por deducción, el valor de la D=500 y L=50.)
1775	Pío VI	Anno Jubilaei.

Desde esta fecha hasta el Tratado de Letrán no se acuñaron monedas jubilares; la primera que figura, después de siglo y medio, es la de Pío XI, cuya inscripción es la siguiente: «Pius XI Pont. Max. A. Jub. - Stato della Città del Vaticano - 1933 - 1934.» El año 1933 se refiere al Jubileo en la ciudad de Roma, y el año 1934 al Jubileo para todo el Orbe Católico.

Antes de poner punto final a la relación hecha sobre las monedas papales, diremos algo, aunque sólo sea de paso, sobre la indumentaria papal, a saber: la mitra, el camelaucum o frigium, solideo o pileo; tiara, capa pluvial, muceta, estola y palio.

Referente a la mitra hay que decir que en su principio era una especie de diadema, unida a una orla más o menos adornada con piedras preciosas, que la sujetaba alrededor de la cabeza del Pontífice; los extremos de la orla o cinta, que quedaban libres y pendían detrás de la cabeza, son lo que hoy día llamamos infules de la mitra.

La mitra evolucionó en forma de casquete con dos prominencias que elevándose en forma de picos llegó a una elevación tan exagerada que no había en ella estética; moderóse después.

El camelaucum o frigium, era como un gorro que usaban los Pontífices y algunos eclesiásticos para cubrirse la cabeza, a fin de resguardarse del frío; esta indumentaria, aunque muy primitiva, todavía los Papas de nuestros tiempos, algo modificada, la usan junto con la muceta; en las monedas de los siglos XVIII y XIX la vemos sustituida generalmente por el pileo o solideo.

El origen de la tiara es igual al de la mitra, evolucionó en la forma siguiente: en que la mitra tiene dos picos y la tiara tan sólo uno; su transformación fué pasar de forma de gorro o casquete a una forma cónica, después algo ovalada, y, finalmente, adornóse con las coronas, constituyendo así el trirregno.

La capa pluvial de una forma sencilla pasó a formas muy adornadas. Pocas son las monedas en que se vea bien determinado el palio, no obstante muchísimas son las que aparece el Papa con la capa pluvial, o bien con muceta y estola, y aun cubierta la cabeza con el camelaucum o solideo.

Todas estas evoluciones hechas en el decurso de los tiempos las vemos grabadas en las monedas, tal como nos las explican los autores que, en sus obras, tratan de la indumentaria litúrgica.

Todo lo dicho en las diferentes series de monedas papales que hemos tratado, parece queda bien demostrado lo que desde un principio nos hemos propuesto, a saber: *La Numismática Papal es como un Monumento Arqueológico de gran trascendencia, y, al mismo tiempo, un auxiliar muy poderoso para el estudio de la Historia Eclesiástica.*

Juan Tolosa Padreny, Pbro.



Es menester pasar por Belén...

Si se quiere volver a los grandes principios de la justicia que llevan a la paz, es menester pasar por Belén; es necesario recordar el ejemplo y la doctrina de Aquel que desde la cuna a la Cruz, no conocía misión más alta que cumplir la voluntad del Padre celestial...

El mundo nunca ha tenido más necesidad que hoy de la gran vuelta a las máximas del mensaje de Belén. Y, con todo, rara vez como hoy se ha manifestado tan dolorosamente entre los hombres el contraste entre los preceptos de aquel mensaje divino y la realidad.

(Del Mensaje de Navidad de S. S. Pío XII de 1947)

DE ACTUALIDAD

La Religión, alma de la unidad europea.-Pastoral de los obispos de Polonia.-La victoria del señor Truman

La Religión, alma de la unidad europea

En la audiencia concedida el día 11 del pasado mes a los asistentes al II Congreso Internacional de Federalistas, Su Santidad el Papa pronunció un magnífico discurso relativo a la unidad europea, a sus posibilidades y a las «serias dificultades» que obstaculizan su realización.

«Nadie, según creemos — afirmó el Papa —, podrá rehusar el subscribir esta afirmación. Si una Europa unida ha de mantenerse en equilibrio y ha de allanar las diferencias que surjan en el propio continente, sin meternos ahora a hablar de su influencia en la seguridad de la paz universal, es necesario que descansa sobre una base moral inquebrantable. ¿Dónde encontrar esta base? Dejemos que responda la Historia: Hubo un tiempo en que Europa formaba en su unidad un todo compacto, y en medio de todas las debilidades y a pesar de todos los desalientos humanos, esto constituía para ella una fuerza; merced a esta unión, ella realizaba grandes cosas. Ahora bien, *el alma de esta unidad era la religión, que empapaba hasta la médula toda la sociedad de fe cristiana.*

»En el momento en que la cultura se separó de la religión, la unidad se disgregó. Y prosiguiendo a la larga su avance, lento y continuo, como de mancha de aceite, la irreligión ha penetrado más y más en la vida pública, y a ella ante todo es deudora este continente de sus desgarrones, de su malestar y de su inquietud.

»Ahora bien — prosiguió diciendo el Pontífice —, si Europa quiere resurgir, ¿no será necesario que restablezca en sí misma el vínculo entre la religión y la civilización?

»Por esta causa hemos sentido Nos gran placer al leer al frente de las resoluciones de la Comisión Cultural, a continuación del Congreso de La Haya en el pasado mayo, la mención de «la común herencia de la civilización cristiana». *Sin embargo, esto no será bastante si no se llega a reconocer expresamente los derechos de Dios y de su ley, al menos el derecho natural, como sólido fundamento sobre el cual están anclados los derechos del hombre.*»

Pastoral de los obispos de Polonia

El Episcopado de Polonia ha dirigido a la nación, recientemente, una importante carta pastoral colectiva, en la que pone de manifiesto las graves dificultades, principalmente de orden moral, que obstaculizan la vida del pueblo, dando, al efecto, importantes instrucciones, entre las que descuellan las relativas a la educación de los niños.

A dicha pastoral pertenecen los siguientes fragmentos:

«La Providencia nos mandó vivir en tiempos de gran confusión e inquietud. La Humanidad, cansada después de una guerra terrible, no puede alcanzar el orden deseado. Más de un corazón se atemoriza y adormece. Acuden a los labios las palabras del salmista: *«¿Es que Dios dejará de compadecerse y en su ira detendrá su misericordia?»* (Ps. 6, 10.)

»Deseamos preveniros, queridos hermanos y hermanas, contra la tristeza, los pensamientos desesperados y acciones irreflexivas. Con una penitencia obligatoria, el Dios justiciero quebranta la testarudez de los pueblos pecadores. Lo que el mundo entero espera que se resuelva en una monstruosa lucha entre fuerzas contradictorias terminará

con el triunfo de lo que es bueno, sano y santo. La nación polaca, en su mayoría, siente con acierto el significado profundo del momento actual, y por eso no decae en espíritu ni se pierde en quejas y lamentaciones. Porque es la nación más pacífica del continente. Sólo trabaja y crea con ahinco, llena de fe y de sacrificio. Desea aportar su alma y su esfuerzo al nuevo orden. No teme por la suerte futura del país. Le alumbra la visión de felicidad de Polonia porque está inspirada por la profecía del discípulo del amor: *«Todo lo que nació de Dios vence al mundo, y la victoria que nosotros obtenemos frente al mundo es nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo sino aquel que cree que Jesús es hijo de Dios?»* (Johan., I, 5, 4-5.)

»Exhortamos a todos a una actividad creadora. Cumplamos todos conscientemente con los deberes de nuestra profesión. Que los agricultores siembren generosamente sus campos. Que en las fundiciones, minas, talleres, oficinas o tiendas bulla el noble trabajo, que es la vocación del hombre. Que de mes en mes aumente la reconstrucción de la vida política, de su capital, de sus ciudades, de sus campos y de sus iglesias.

»Conservemos la confianza y la tranquilidad del espíritu. Tengamos la conciencia de la dignidad personal, nacional y católica. Que nadie se deje conducir a pasos irreflexivos por elementos oscuros que desearían debilitar la vitalidad de nuestra nación. La vida polaca debería sernos querida y sagrada. No debemos exponerla inútilmente. No podemos tampoco verter la sangre polaca en luchas sin objeto. La nación debe permanecer vital y fuerte, capaz de realizar todo aquello que mañana decidirá de su grandeza.

»Y para que este tenebroso momento del mundo se convierta para Polonia en albores de felicidad, vayamos hacia el porvenir con Dios. *Reconozcamos el eterno y amoroso reinado de Cristo no sólo en la teoría, sino también en la práctica de la vida.* Vivamos cada día de acuerdo con los mandamientos divinos. Lavemos nuestras culpas y pecados en la confesión pascual. Recordemos que Dios castiga con sangrientas conmociones al género humano por su concupiscencia e irreligiosidad. Alejemos de la vida polaca la lucha contra Dios y la epidemia de malas costumbres de la postguerra.»

La victoria del señor Truman

Refiriéndose a la elección de Truman como Presidente de los Estados Unidos, el representante del «Estado» de Israel en las Naciones Unidas, Aubrey Eban, ha declarado: *«Ningún Presidente de los Estados Unidos ha hecho tanto en favor de nuestra causa como el señor Truman.»*

A este respecto, se señala en los círculos judíos de Norteamérica que la victoria de Truman ha de interpretarse como un triunfo del liberalismo, lo que ciertamente ha de repercutir favorablemente en el desarrollo de los planes judíos sobre Palestina.

Entre los judíos que han resultado triunfantes en las elecciones para el Congreso se encuentran: Sol Bloom (Nueva York), Isidoro Dellinger (Bronx), Abraham J. Muller (Brooklyn), Abraham Rubikoff (Connecticut), Emmanuel Celler (Brooklyn), Arthur Klein (Nueva York) y Adolph J. Sabath (Chicago).

J. O. C.

CON CENSURA ECLESIASTICA

La Revista CRISTIANDAD tiene lectores en los siguientes países:

Europa

BELGICA: Lieja

FRANCIA: París, Bordeaux, Angers, Lignières, Lourdes

HOLANDA: Nijmegen.

INGLATERRA: Londres, Oxford, Chipping Northon, Eastbourne, Newcastle-On-Tyne

IRLANDA: Dublín, Ballinasloe, Cabra, Cappoquin, Cashel, Killaloe

ITALIA: Roma, Florencia, Génova, Milán, Palermo, Padua

PORTUGAL: Lisboa, Porto, Braga, Braganza, Coimbra, Cova de Iria, Covilha, Leiria, Alcains, Alvares, Campo Maior, Estoril, Foz de Douro, Lagoal-Caixias, Negrellos, Peniche, Tomar, Vidago, Vilanova de Gaia

SUIZA: Zurich, Friburgo, Locarno, Losana, Orsonnens

Asia

CHINA: Wuhu

INDIA: Bombay, Amod, Bhavnagar, Baroda, Bulsar, Kandi, Khandala, Madras, Shembaganur, Talasari, Mhemdabad, Nadiad, Rajkot

JAPON: Tokyo, Hiroshima

Africa

MARRUECOS ESPAÑOL: Tetuán, Melilla, Ceuta, Tánger

GUINEA ESPAÑOLA: Santa Isabel (Fernando Poo)

América

ALASKA: Bethel

CANADA: Ottawa, Montreal, Quebec, Edmonton

ESTADOS UNIDOS: Nueva York, Washington, Los Angeles (California), Plasentia (California), Berkeley (California), Alburquerque (New Mexico), Montezuma (New Mexico), San Antonio (Texas), El Paso (Texas), Edinburg (Texas), San Agustín (Florida), Chicago (Illinois), San Pablo (Minnesota), Webster Groves (Missouri), Framingham Centre (Massachussets)

ARGENTINA: Buenos Aires, Córdoba, Tucumán, Santa Fe, Salta, Mendoza, Jujuy, Ciudadela, Mari-Lauquen, Morón, Pirovano, San Juan, San Miguel, Viedma

BOLIVIA: La Paz

BRASIL: São Paulo, Braganza Paulista, Itatiba, Mogi Mirim, Recife, Santos

COLOMBIA: Bogotá, Cali, Jericó, Medellín, Pasto, Tunja, Usaquen, Zipaquirá

COSTA RICA: San José de Costa Rica

CUBA: La Habana, Santiago, Matanzas, Cienfuegos, Holguín, Sancti Spiritus, Pinar del Río, Camagüey, Ciego de Avila, Guaimaro, La Víbora, Manzanillo, Morón, Nuevitas, Violeta

CHILE: Santiago, Concepción, Valparaíso, Talca, La Serena, Los Andes, Padre Las-casas, San José de Mariquina, Temuco, Viña del Mar

ECUADOR: Quito, Cuenca

EL SALVADOR: San Salvador

GUATEMALA: Ciudad de Guatemala, Cobán, Quezaltenango, Sololá

HAITI: Puerto Príncipe

MEJICO: Méjico, Mérida del Yucatán, Tampico, Guadalajara, Morelia, Puebla Coyoacán, Cuquío, Chihuahua, Puerto Vallarta

NICARAGUA: Managua, León

PANAMA: Ciudad de Panamá

PARAGUAY: Asunción

PERU: Lima, Iquitos, Magdalena del Mar, Miraflores

PUERTO RICO: San Juan, Aibonito, Ponce, Santurce

REPUBLICA DOMINICANA: Ciudad Trujillo, Santiago de los Caballeros

TRINIDAD: Puerto España

URUGUAY: Montevideo, Florida

VENEZUELA: Caracas, Valencia, Mérida, Bucaramanga

Oceanía

AUSTRALIA: Sydney

FILIPINAS: Manila



Auto Crema Sintética
(auto-cream-creación americana)

Sin esfuerzo alguno y en pocos minutos
TIPTOP LIMPIA, PULE Y CRISTALIZA
la carrocería de su coche dejándola con un
BRILLO CRISTAL MARAVILLOSO

CONCESIONARIO PARA ESPAÑA: **MONT**
Avda. Generalísimo, 463 - Tel. 77180
B A R C E L O N A



Visite las Cuevas
de Artá

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . 100'00 ptas.
Semestral . 50'00 „
Trimestral . 25'00 „

Número ordinario . . . 5²⁵ pts.
Encuadernar 25 ›
Tomo encuadernado . 125 ›



INASA

Inmuebles y Aprovechamientos Hidráulicos, S. A



San Francisco, 14, pral., 1.º
T A R R A G O N A